intervalo

PUBLICACION PARA ADULTOS



PRECIO: 20 PTAS.

D.E.S.P.L.A., S.L. Reg. Import. N° 358

N° 304

NOVELAS COMPLETAS

AÑO XXIV Nº 304

intervalo ALBUM

ÍNDICE



CUENTOS DE ALMEJAS

Por PEDRO M. MAZZINO

UNA MUCHACHA LLAMADA JOSÉ

Dibujos de VOGT

¿Pero qué es en realidad? ¿Un torreón? ¿Una vieja usina? ¿Una tahona?
Frío, frío, Ulises. No adivinás y voy a tener que decírtelo yo.







¡Algún día vas a morir apretada debajo del auto, José! Hace media hora que estoy esperándote. ¿Salís o no?
Si te cansás andáte, Gustavo.





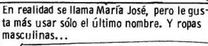
No hago más que preguntarme una cosa, señora Achával.

9476


¿Cómo se vería su hija vestida como una mujer?
¡Horrible!



Las faldas son la ropa más inadecuada que existe. Ata a mis congéneres, Gustavo. A partir del pantalón, el sexo débil comenzó a liberarse.


En realidad se llama María José, pero le gusta más usar sólo el último nombre. Y ropas masculinas...


Chau, mamá. No te quedés levantada esperándome. A lo mejor tardo.
Cuídela, Gustavo. No le deje cometer locuras.


Nadie sabe lo que pasó con el ermitaño. Mi abuela dice que un buen día desapareció. Repentinamente, sin aviso.
¿Ninguno reclamó jamás la ermita?

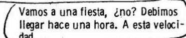

Fue construída en terreno municipal, sin permiso. Es de todos y de nadie. Pero supongo que quedará así eternamente. Por la leyenda, ¿sabés?
¿Qué leyenda?


¡Que no te deje cometer locuras! Tu madre te conoce bien poco, José. ¿Alguien te dominó alguna vez?
¡Nadie! Y me jacto de eso.


¿A quién saliste? La imagen de tu progenitora no cuaja con la tuya. Ella es mansa, tierna, femenina, y vos...
Debo ser la reencarnación de mi abuelo, Gustavo. ¿No viste su retrato en la sala?


(Igual que vos, papá...Tu viva imagen. Y casi tu misma trayectoria. Hosca, independiente, libre como un pájaro...)


(¿Habrá que esperar que tenga tu mismo fin? Gustavo la quiere, se le nota en la cara cada vez que la mira. Pero... ¿Y José? ¿Es capaz de querer a alguien?)


¿No podés ir más despacio? ¿O parar un rato y darme la oportunidad de decirte algo?


Vamos a una fiesta, ¿no? Debimos llegar hace una hora. A esta velocidad...


¡¿?
TROINK!


La leyenda la tejió la gente alrededor de la ermita. Se dice que el que allí entre no se casará jamás.
¿Vos entraste, Malvina?


No, Ulises...
¡Qué lástima!
¡Soltá, Satanás! Era una broma... ¿O querés matarnos?
¡Quiero que rectifiqués esas palabras!


Para el auto, mueve el cuello sólo para probarse que aún puede hacerlo y después gira el cuerpo hacia ella...
¿Así?
¡Hum...! No es suficiente. ¡Más!

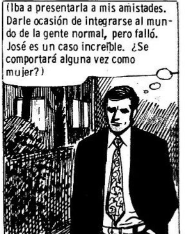

¡Más alto, Gustavo! ¡Más!
Tus veleidades de mecánico me hartan. José, vas a llegar a la fiesta de los Riviera Páez hecha un asco.


¡Si tanto te importa esa fiesta andá solo! Hay colectivos, ¿no?


¡Claro que los hay! Y voy a tomarlo. ¡Adiós!


¡Gustavo!

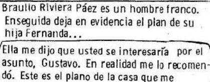

No disfrutás de tu fiesta pegada a esa ventana, Fernanda. ¿A quién esperás?
A Gustavo Huergo. Me aseguró que vendría.


(Iba a presentarla a mis amistades. Darle ocasión de integrarse al mundo de la gente normal, pero falló. José es un caso increíble. ¿Se comportará alguna vez como mujer?)


¡Allí está!
¿A pie? ¿Es tan mal ingeniero que no gana para comprarse un auto? Bien, está, Fernanda, pero tenés candidatos mejores.


No oye las palabras finales. Corre hacia él. Vaporosa en su falda corta, prolija y mansa. Claro que no tiene nada que ver con José.
Hola. Pensé que te habías olvidado de mi fiesta, Gustavo.
Me demoró un contratiempo. Pero ya estoy aquí. Y muerto de sed. El verano promete ser bravo.

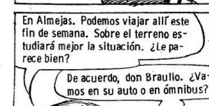

¿No bailás?
No tengo ganas. Prefiero quedarme mirando. En realidad vine para no desairarte.



Entonces vamos a ver a papá. Está con un problema que le incumbe a tu profesión.


Braulio Riviera Páez es un hombre franco. Enseguida deja en evidencia el plan de su hija Fernanda...
Ella me dijo que usted se interesaría por el asunto, Gustavo. En realidad me lo recomendó. Este es el plano de la casa que me dejaron inconclusa.


La empresa que la construía quebró y necesito un ingeniero que la siga. ¿Se anima?
Creo que sí. ¿Dónde está ubicada?


En Almejas. Podemos viajar allí este fin de semana. Sobre el terreno estudiará mejor la situación. ¿Le parece bien?
De acuerdo, don Braulio. ¿Vamos en su auto o en ómnibus?


"En mi auto", dice Braulio R. P. Y Fernanda vuelve a remolcarlo al jardín, le sirve otra copa y le clava una mirada pegajosa.
Tenemos otra casa allá, en Almejas. Pero vieja. Allí nos alojaremos.
¿Nos?

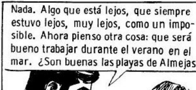

Sí. Yo voy con ustedes. ¿Te disgusta?
No; claro que no. Pero pensaba...


En José. Iba a usar esa fiesta para presentarla y sucedía que estaban presentándolo a él.
¿Pensabas en qué?
En vos. ¿Cómo sabés que soy un buen ingeniero capaz de terminar con éxito esa casa? Hace apenas un año que me recibí.


Empleé un silogismo, ¿sabés? "Los hombres perfectos hacen cosas perfectas. Gustavo Huergo es un hombre perfecto..." ¿Comprendés?


No se asombra. Es casi un lance abierto, pero lógico. Fernanda obra como una mujer. ¿Cuánto hace que no se interesa por una verdadera mujer...?
(Algo más de un año, desde que conocí a José...y padecí todas sus locuras de muchacha viril.)







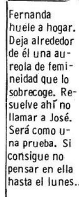
¡José! ¿Qué pasó? ¿Y Gustavo?

Me dejó sola, mamá. Tuvo vergüenza de presentarme a sus amigos con facha de mecánico. ¡Pero ese maldito elástico no pudo conmigo!





































Sucede otra cosa también: que Malvina y Ulises están ahí.

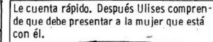
¡Es él, estoy seguro! Reconocería su voz aunque pasaran mil años, Malvina. Voy a saludarlo. Fuimos inseparables en la capital.

¿Ahora? Al menos dejálo concluir lo que está haciendo.



¡Ulises Cataldi! ¡Qué gusto verte! ¿Cuándo te envié la última carta?

Hace como un año... Después de recibirte de ingeniero. ¿Qué hacés en Almejas?





Ahora me toca a mí. Ella es...

Dejáme adivinar. Vos también me escribiste de alguien en tu última carta... ¿José?









No. Me conformo con imaginarlo. Debe ser una mujer, ya que este amigo tuyo supuso que yo era ella. Y que es o era lo suficiente importante para vos como para que se la mencionaras en una carta...


José, la única que me interesó antes que vos, Fernanda. Una mujer medio complicada.
No me debés explicaciones, Gustavo. Me basta con saber que el mar sonaba mejor a tu lado. Pero voy a preguntarte algo.


¿Era José eso que te tenía preocupado en mi fiesta? ¿Es ella lo que "siempre estuvo lejos"?
Sí. Pero vos estás cerca. Y muy cerca. Eso me gusta.




Don Braulio se lo dice en el viaje de regreso...
Los obreros estarán listos para reiniciar la obra en quince días, Gustavo. ¿Podrá venir a instalarse en Almejas para entonces y hasta que la termine?
Sí.


Serán unas largas vacaciones. Durante ellas quizás te demos una buena noticia, papá.


La otra noticia debe darla Gustavo. A José. La encuentra una tarde, en un lugar que le es habitual.
Y estaré hasta marzo en Almejas trabajando en esa casa. ¿Estás escuchándome?
Sí. ¿Y a mí qué me importa eso?


Me importa a mí, José. Porque hay algo más: la hija de Riviera Páez. Se llama Fernanda, ¿sabés? Estuve con ella este fin de semana. La conocía de antes, pero claro, recién ahora comprendí que la quiero.


¿La...querés?
Sí. Responde a todas mis aspiraciones masculinas. Necesitaba decírtelo. Después de todo somos buenos amigos, ¿no?


Vuelve a meterse debajo del auto. Pero sólo para que no le vea lo que acaba de brotar de su cara, entre las manchas de grasa y la indiferencia.
¿Y a mí qué me importa? ¡Que tengas suerte! ¡Chau!


TOC! TOC!
TOC!
Hace horas que estás ahí, José. ¡Abrí o echo la puerta abajo!


Abre por fin. Entonces la señora Achával descubre las valijas sobre la cama, los pinceles y las telas vírgenes en los bastidores.
¿Te vas? ¿Te dio otra vez por la pintura? ¿Adónde será ahora?
Almejas, mamá. Me voy en el auto dentro de una hora.
¿Reservaste cuarto en algún hotel? En esta época...
No voy a necesitar un hotel. Lo sabés. Y no tratés de hacerme desistir. Soy dueña de mis actos, grande, adulta... Sólo decíme adiós y deseáme que vuelva pronto.
(Que vuelvas pronto. El abuelo tardó años en volver. Sé lo que te pasó con Gustavo. Comprendiste tarde lo que era para vos. La ermita no te va a servir de nada, José.)
A mitad de febrero, Gustavo está dando los toques finales a la casa de Riviera Páez.
Los obreros ya terminaron su jornada. ¿Vas a quedarte controlándolo todo hasta la noche, Gustavo? ¡Bajá y vamos a la playa!
¡Ya mismo!
Tu amigo Ulises nos espera con su novia, ¿no?
Sí. Luego iremos a cenar a una taberna del puerto.
Ven morir la tarde en la playa. Cenan en la taberna y después, como la noche se muestra apacible y tentadora, deciden recorrer los alrededores.
Y ésos son el faro del abuelo y el barco del alemán, dos instituciones en Almejas. Pero hay algo más interesante aún.
La ermita. Llena de misterio y envuelta en las telarañas de la leyenda.
¿Qué leyenda?







Ha sido un hermoso paseo, Ulises. Gustavo y Fernanda parecen amarse, a pesar de tu metida de pata de la primera vez. Pero, ¿en qué estás pensando?

¡Sos más curioso que una mujer! Pero está bien; andá si eso va a dejarte tranquilo. Pero prometeme una cosa.







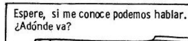






"Una muchacha extraña con un nombre más extraño. La quise en cuanto la conocí, Ulises..." Recuerda la carta de Gustavo. No muchas mujeres se llaman José. ¿Y si fuera...? ¿Cómo era el apellido? Sí: Achával.









¡Bajá, Gustavo! Es urgente.

Voy, Ulises.

Atropella las palabras. "José está en la ermita. La hizo su abuelo, ¿sabés? De verdad es una muchacha hermosa y extraña..."



Te digo que está allí. Parece que pintando. Vi sus cuadros a medio hacer. Una ermitaña hembra, viejo. Será bueno que hablés con ella.



No es broma, Gustavo Huergo. Es José. Lo ve por la ventana y sale. Abre los ojos, grandes, como dos huecos que quieren abarcarlo íntegro.

Era verdad. ¿Qué hacés aquí?

Esperarte, Gustavo. ¡Yo sabía que vendrías!



¿Loca? ¿Extraviada? Hay algo en los ojos de José: lágrimas. Sus manos huelen a comida y no lo sueltan. Está desprolija, más que nunca, y más que nunca hermosa. Tiembla, su voz se vuelve suave, como las de todas las mujeres cuando hablan de amor.











Yo amo a Fernanda Riviera Páez. Definitivamente. Lo tuyo fue el paso previo que me guió a ella. No sería honesto negártelo.

Entonces, yo... Fue en vano venir aquí. Inútil hacer penitencia y esperarte, arrepentida de todas las idioteces que cometí.

¿Qué tengo que hacer ahora con mi amor?

Agradecérselo al Cielo, José. Lo mío también te puede servir. Puede ser el paso previo que tenías que dar. Ahora sabés que sos capaz de sentir amor.

Sólo te falta encontrar al hombre a quien poder dárselo. Ya nada tenés que hacer aquí. ¿Te ayudo a empacar tus cosas? ¿Te llevo en el auto de mi amigo hasta la estación de ómnibus?



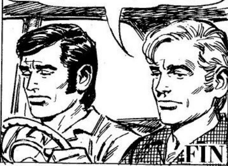




¿Lloraba o me pareció?

Lloraba, Ulises. Las madres también suelen llorar antes de tener al hijo. ¿Se lo vas a contar a Malvina? Las mujeres son tan infidentes. Si ella se lo dijera después a Fernanda...

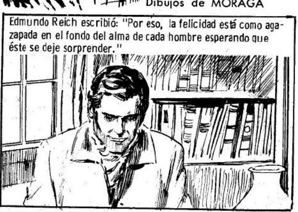
CARLOS ENRIQUE VOGT. 73





Dibujos de MORAGA













Iba a introducir el tenedor en la sartén cuando oyó unos golpecitos tímidos en la puerta de su cabaña. Se levantó con resginación y fue a abrir.



No acostumbraba él a tener visitas en aquel solitario paraje. Por eso se asombró ante aquella muchacha con pollera de gimnasia y apretadas trenzas.



Había formulado la pregunta quizá con cierta impaciencia y la muchacha debió advertirlo porque se mostró cohibida y guardó silencio. El trató de corregirse.

¿Quieres tomar una taza de café?











Esta vez la mirada de Silvina era pícara y divertida.

Quizás te llames Silvina, pero no tienes la edad que dices. No creo que tengas más de quince o dieciséis años.













Aunque él mismo había arribado a suponerlo, sin embargo se sintió algo defraudado ante la confesión de ella.

También tiene usted razón respecto de mi edad; tengo dieciséis años.







Las costumbres originan hábitos, éstos a su vez condicionan las funciones y... Bueno, Edmundo no necesitaba en realidad hacer todo un razonamiento filosófico para darse cuenta de que tenía sueño. Hacía años que acostumbraba a dormir un par de horas hacia el final de la mañana.











Y su sueño no fue apacible. Soñó que él era el leñador del bosque a quien Caperucita Roja (Silvina) le pedía auxilio, pero como él no había sabido salvarla del lobo y conducirla hasta la casa de su abuelita, ahora se veía acusado frente a un terrible tribunal que estaba por juzgarlo.





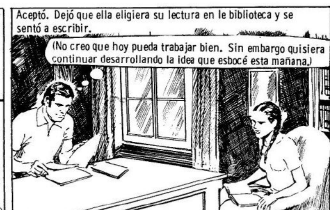
No disimuló su alegría frente a aquella presencia.

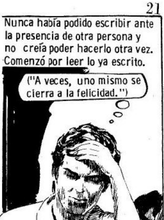
Decidí regresar más tarde al asilo.

Bien, entonces yo te acompañaré luego.









Desde hacía ya seis meses estaba escribiendo ese ensayo en el que trataba de indagar la naturaleza de la felicidad humana; era tan grande su entusiasmo que durante esos meses sus notas habían crecido aceleradamente y su pensamiento se había profundizado.









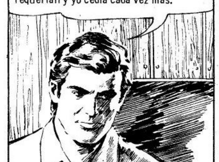


Edmundo se aplicó a su taza de café y comentó con amargura.

Yo tampoco quise creer que eso fuera cierto; pero luego tuve que aceptarlo. Por eso es que vivo en este lugar apartado y solitario.

Silvina se quedó sin hacer preguntas pero él siguió explicando.

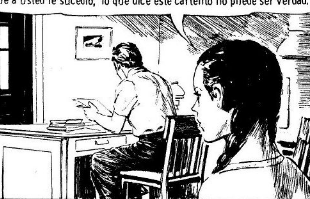












No quiso volver más sobre el tema y continuó escribiendo. De vez en cuando levantaba la vista y se encontraba con la presencia de aquella muchacha frente a sí. No pudo dejar de advertir que sentía cómo un subterráneo bienestar le poblaba el alma.











Pensando que Silvina tal vez demoraría un par de horas en hacer una sopa, se entretuvo bastante en el agua.





Pero una sorpresa lo esperaba en su cabaña. O varias.



Tomó el papel y leyó:



Aprensivamente se acercó al cuadrito en donde estaba la frase de Nietzche. Sobre el vidrio, Silvina había pegado un papelito en donde se leía: "Si tienes hijos, escribirás mejores libros."



La ocurrencia le causó gracia. Pero luego, cuando estaba gustando el exquisito plato que preparara Silvina, Edmundo creyó sorprender en su espíritu una sombra de duda.



Tampoco pudo dormir bien por la noche. Los sueños del tribunal y de la terrible sentencia lo acosaron. Se levantó como siempre antes de la salida del sol, pero aquél fue un día vacío. No pudo escribir una sola cuartilla y ni siquiera comer su revuelto de jamón y huevos. Había algo en su corazón que lo inquietaba.

Al día siguiente, pudo recuperarse y volver a escribir. Se había impuesto no pensar más que en aquel ensayo pero, al atardecer...



Con una sonrisa le demostró que no lo estaba y, también, que se alegraba de volver a verla.



Por supuesto que él no creyó aquella mentira, pero como le agradaba la presencia de Silvina, no hizo más preguntas. Y aquella presencia se fue repitiendo todas las tardes: ella llegaba y se sentaba a leer mientras él escribía.



Así pasaron varias semanas hasta que un día, mientras tomaban una taza de café, Edmundo sorprendió la mirada de Silvina.




(Esta muchacha está enamorada. Se ha enamorado de mí y me siento responsable por no haberlo previsto. ¿Qué puedo hacer ahora?)


Como de todos modos desilusionarla sería doloroso para la muchacha, pensó que debía hacerlo de la forma más terminante posible. Esa misma noche escribió una carta a la ciudad.


Y dos días después, Silvina llegó a la cabaña como siempre, pero al abrirse la puerta...
Hola. ¿Tú eres Silvina, verdad? Edmundo me ha hablado mucho de ti.


Yo soy Mercedes, la esposa de Edmundo.


No pudo hablar más. Una mano invisible se aferró a su garganta y comenzaron a desbordársele los ojos. Sólo atinó a realizar el único movimiento posible: correr.


Pasaron algunos días. Días de intranquilidad para Edmundo que no podía perdonarse la crueldad que había cometido. Era tal la opresión de su alma, que decició hacer una visita.


-¿Qué desea? -preguntó la celadora con voz poco amistosa.
Quisiera hablar con una pupila.
Eso es imposible: tiene que tener permiso del juez de menores.


La voz y el semblante de la mujer se suavizaron.


Pero la señorita Silvina no es pupila sino profesora del asilo. Acompáñeme que lo conduciré hasta ella.


(Otra de las mentiras de la muchacha. Seguramente dijo llamarse Silvina por emulación con una de las profesoras. Pero, en fin... Una vez adentro se puede aclarar todo.)


Lo hicieron aguardar en una pequeña salita y esperó largo tiempo. Cuando oyó abrirse la puerta se dio vuelta y...
Lamento haberlo hecho esperar; pero quise cambiarme antes para retomar mi verdadero aspecto.













Edmundo vaciló.

Efectivamente, aquel amor murió ya hace mucho.

No importa si es el mismo. El hecho es que yo no sabía que usted era casado y...me enamoré.



Por un momento, los ojos de Silvina estallaron de asombro y felicidad; pero luego volvieron a ensombrecerse.

¿A qué vino entonces aquí?

-No sé. Me había quedado un gran remordimiento por aquella farsa y quería... No, no sé a qué vine.

Tal vez a traerme caramelos para que me consuele.

No sea cruel, Silvina. Yo pensaba que usted era una chiquilla, una inquieta adolescente. Si hubiera sabido la verdad, entonces mi espíritu se hubiera liberado y sabría qué decirle ahora.

Nuevamente los ojos de Silvina se aferraron a una esperanza.

Ya sabe usted la verdad, Edmundo. ¿Acaso es tarde?

No; para lo que tengo que decir no pasa el tiempo.











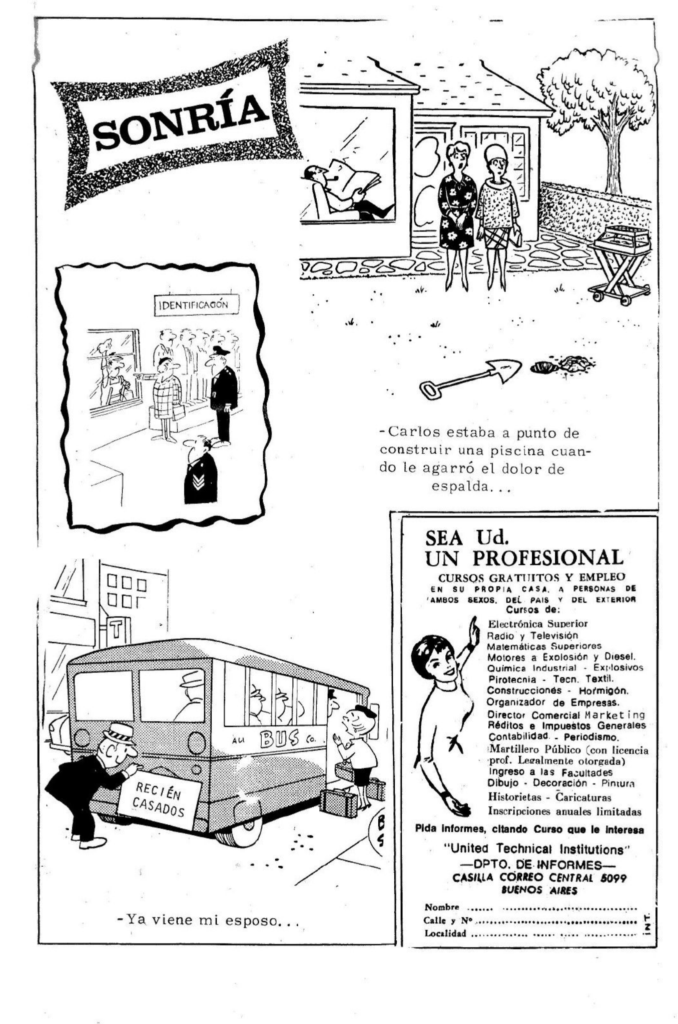


-Ninguna frase podrá nunca destruir el amor, Silvina.

AUT LIBERI
AUT LIBRI

Si tienes hijos, escribirás mejores libros.

FIN



-Carlos estaba a punto de construir una piscina cuando le agarró el dolor de espalda...

-Ya viene mi esposo...

JOHANA, LA SUECA

Por PAULA MARÍN

ANDRES KLACIK

Dibujos de KLACIK

Acaso le gustaban nuestros veranos porque los de su tierra duraban muy poco. La casa rodante era de ella. "Es mi solución", decía, "porque Lorenzo viaja tanto que nunca podríamos tener un verdadero veraneo..."





Era una especie de reglamento tácito: las mujeres se ponían primero sus pijamas y se acostaban, cerraban la cortinita que separaba ambos lados del habitáculo y luego entraban ellos.

¡Hasta mañana todo el mundo! Que soñemos con los angelitos.





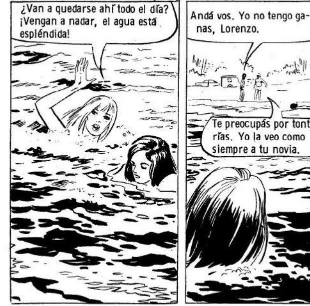












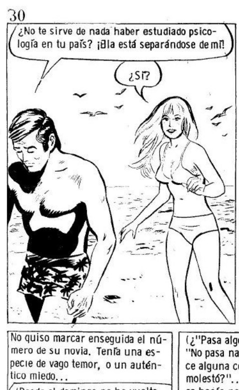




Los ojos verdes de la muchacha sueca se pusieron serios. Salió del agua y fue otra vez su mano la que tomó la del muchacho solitario...

No te mostrés apático, Lucas. ¡Actuá! Vení conmigo al mar, sonreí, como antes, cuando eras un tipo divertido y feliz.




¿No te sirve de nada haber estudiado psicología en tu país? ¡Ella está separándose de mí!
¿Sí?
Regresaron a Buenos Aires esa tarde. La playa solitaria de Punta de Indio quedó atrás. Lorenzo debía viajar con su padre (por negocios, siempre por negocios) a Lima, el jueves...
Y se me ocurrió despedirlo así, con la cena de esta noche. Te espero en mi casa a las nueve, con Delia.


De acuerdo, Johana. La llamaré y se lo diré. Estaremos allí.


No quiso marcar enseguida el número de su novia. Tenía una especie de vago temor, o un auténtico miedo...
(Desde el domingo no he vuelto a verla. Sigue rara. Apenas respondió con evasivas mis preguntas telefónicas...)


(¿"Pasa algo malo?"... "No pasa nada"... "¿Hice alguna cosa que te molestó?"... "Vos nunca hacés nada que me moleste, Lucas...")
Alguien llama a la puerta.


¡Hola! Justamente iba a telefonearte. Johana nos invitó. Despide a Lorenzo con una cena en su casa...
¿Te importaría ir solo?




¡Seguro que sí! Pero, ¿por qué?
Simplemente porque yo no iré.


Cuando la dio vuelta y la tomó de los brazos los dos temblaban. Pero en la mirada de él sólo había asombro. En la de ella indiferencia, frialdad y hasta algún centímetro de desprecio.
Dejé de quererte, Lucas.


¿En qué fallé?
En todo, o en nada; no lo sé.


Viví exclusivamente para vos desde que fuimos novios. Te llevé donde quiera que fui. Te incluí en todos mis planes de futuro...
¡No sigas informándome lo que conozco muy bien!




A lo mejor fui yo la que fallé. Adiós. Prometéme una cosa: no hablarme, no llamarme, volver la cabeza si nos cruzamos en alguna parte. Y disculpáme con Johana y Lorenzo.


Cuando cerró la puerta y lo dejó solo, el estudio se le volvió inmenso, como un mar de sombras en el que podía morir ahogado. Ya no pudo volver a trazar líneas o calcular costos de obra. El arquitecto estaba tan derrotado como el hombre.
(¿Y ahora qué? ¿Cómo hacer nada sin vos, Delia?)
¿Estás segura de haberle dicho que era a las nueve?
¡Segurísima! Lo peor es que la comida se enfriará y quedará hecha un desastre. Son casi las diez, Lorenzo.
Lo raro es que Lucas no avisara por teléfono si sucedió algo.
¡No sucedió nada! Su auto acaba de parar en la calle.
Disculpáme si tardé.
No es nada. ¿Y Delia?
Primero quiso inventar una excusa, buscar una mentira. Pero después las palabras escaparon a su control. Se hundió en un sillón y confesó la verdad como un acusado que no soporta la conciencia...
Me dejó. Se fue. Ya no me quiere.
¿Qué se puede decir en un caso como éste, Johana? No se me ocurre nada. Mi mejor amigo tiene un grave problema y no sé consolarlo. ¿Sirve de algo tu psicología?
No lo sé.
La comida quedó intacta. Y Lucas se marchó a medianoche, cuando ya el silencio de los tres se volvía insoportable. Pero en la mañana del jueves. .
¡Hizo caso a tus ruegos y vino a despedirte, Lorenzo!
¡Perdí una novia, pero aún me queda un amigo! ¡Buen viaje y suerte, viejo!
Hubiera sido la primera vez que me iba sin tu abrazo, Lucas.
Y sin pedirte lo que en todos mis viajes: cuidá a Johana durante mi ausencia.
Lo haré.
Se va triste. Por vos.
Lo sé. Me quiere como a un hermano. Y casi lo somos.
Eso lo advertí enseguida cuando los conocí, hace un año. ¿Te acordás?
Sí. Estábamos en el club. Lorenzo me preguntó cuando pasaste con la raqueta de tenis en la mano: "¿Me miró a mí o a vos?"


"A vos", le dije, "A mí sólo puede mirarme Delia". Entonces fue, te habló y al mes eran novios.
Por esa época vos y Delia eran felices, ¿no?
No respondió. Siguió guiando silencioso hasta que estuvieron frente a la casa de ella...
¿No entrás a tomar un café? Te aseguro que no es el que tuve que tirar anoche, porque ni siquiera eso pudimos tomar.
Prefiero irme, Johana. Tengo que hacer en el estudio.
Mentiras. O una verdad por la mitad. Tenía que hacer, pero lo que no tenía eran ganas. Pasó las horas con los ojos clavados en el teléfono...
(A lo mejor fue una broma lo de Delia. Tal vez llame y me diga: "¿Lo tomaste en serio, tonto?")
(O quizás venga a decírmelo...)
¿Vos?
Sí. Quise saber cómo estabas. Pero si te molesta me voy.
La hizo entrar y esperó el consejo. "Olvidála, Lucas. Es lo mejor que podés hacer. Si ya no te quiere, como dijo, no podés aferrarte a una esperanza inútil..." Pero Johana no actuó como una consejera...
Es la primera vez que estamos solos aquí, ¿no?
Creo que sí. Solías venir con Lorenzo. Y, cuando él andaba de viaje, venías con Delia.
Delia, siempre Delia. ¿Juraste nombrarla a cada rato? ¿Te sirve de algo? En mi país suelen decir...
"Si has perdido lo que querías, busca querer otra cosa."
Sucede que no nací en tu país, Johana
Eso es muy cierto. Los muchachos de allá se dan cuenta enseguida cuando una chica se interesa por ellos.
Llamáme esta noche si te sentís muy solo, Lucas. Yo estoy segura que voy a sentirme así: sola, absolutamente sola.

Cuando se acostó, sabía que sería en vano. No pudo dormir. No por el desamor de Delia, sino por esa actitud inesperada de Johana...

(¿Qué trató de decirme? ¿Está inpulsándome a traicionar a mi mejor amigo? ¿Puede ser tan canalla?)









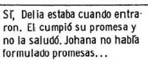












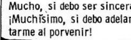


De viaje, como siempre. Y Lucas ya lo ves: cuidándome, también como siempre.

La copa melba le pareció amarga a Lucas. No sacaba los ojos del piso.

-¿Qué va a pensar? ¿Qué pensaría Lorenzo si supiera que vos...?





-Es distinto esta vez, Johana. Antes salíamos con Delia. Siempre con Delia. Y ahora estás tratando de...
De decirte una cosa que te cuesta entender: me gustás, Lucas.
Mucho, si debo ser sincera. ¡Muchísimo, si debo adelantarme al porvenir!


Casi no le dijo adiós cuando la dejó frente a su casa. Descolgó el teléfono esa noche. Pero tampoco durmió bien. El sábado fue al club por la tarde. Y allí estaba.
(¡Delia jugando con otro...! Uno a quien no conozco. ¿Acaso es ésa la razón de su desamor? ¿Por eso no se molestó mucho ayer?)


¡Por fin llegaste! Estaba esperándote.
¿Para jugar tenis? No tengo ganas, Johana. Tenía pero se me fueron hace un rato, cuando vi a...
¿A tu ex-novia muy entretenida con ese apuesto y nuevo socio? Yo no te esperaba para el tenis, Lucas...


...sino para que me llevaras a remar al lago, entre la sombra acogedora de los sauces.
¡Cuidado!


El aviso llegó tarde. La pelota rebotó en la mejilla de Delia. Su compañero se acercó, pensando que el dolor le brotaba del golpe...
Lo siento. No advertí que usted se distrajo. ¿Duele?
¡Seguro que duele! ¡Y muy hondo!


Permítame llevarla a la enfermería y...
¿Quién dijo que necesito ir allí?


(Como dos tórtolos, aprovechando las circunstancias. ¿Puede Lorenzo ser tan idiota? ¿Pude serlo yo...?)


¿Qué te proponés en realidad? Hablá, Johana. Sabía algunas cosas de las suecas, pero no pensé que vos...
Debiste pensarlo. Y en cuanto a mi propósito... ¿no lo adivinás?



Era Delia la que estaba adivinando. Furiosa, bajo la ducha que no conseguía aliviarle la rabia...
(Mañana, o esta misma noche, irán con la casa rodante. A cualquier sitio solitario... ¡Miserables los dos!)
Mañana me gustaría...
¿Ir con la casa rodante y conmigo a alguna parte? ¡No! Eso no, Johana. Ni eso ni nada.
¿Quién habló de la casa rodante? Yo me refería al cine. Hay una película que quiero ver, y a lo mejor la sacan de cartel cuando Lorenzo vuelva...
¿Con qué cara lo vas a mirar cuando vuelva?
Con la misma de siempre.
¿Es posible que seas tan... tan...?
¿Es posible que seas tan, pero tan tonto? Estoy ayudándote a vencer la soledad, a recuperar el amor que nunca mereciste perder.
No es esta clase de amor lo que necesito. Desde mañana no te "cuido" más, Johana. Lo siento.
Pasó el domingo solitario, hundido en el silencio de su casa. Y el lunes regresó al estudio. La cabeza le parecía un torbellino. El cálido perfume de Johana lo perseguía como una culpa...
(¿Por qué me eligió a mí? Justamente a mí, el mejor amigo de Lorenzo. El ni siquiera debe sospechar que...)
TOC
TOC
(¡Aquí está otra vez! "¿Pensabas en mí?", preguntará. "Yo sí", dirá al verme mudo. Y rodeará mi cuello con su mano, aquella mano que en la casa rodante, en Punta de Indio, yo confundí con la de...)
¡Delia!
Comprendo tu asombro, Lucas. No me esperabas a mí, ¿verdad?
Habíamos hecho una promesa. "No hablarnos, no mirarnos si nos cruzábamos..."
Pero nos cruzamos, dos veces. Y en las dos estabas con Johana, la novia de tu mejor amigo. Te suponía más noble, ¿sabés?
Quiso decirle que él no había hecho nada. Que se limitaba a soportar . Pero ella no lo dejó...
¿Desde cuándo vos y ella...?
¿Te importa?





-Yo le pedí que la cuidara.

Creo que hizo algo más. Muy juntos en el lago del club, como atortolados... Y eso lo que yo vi. Imagino todo lo que pudo pasar lejos de mis ojos, y los tuyos.

Divagás. Lo que pasa es que todavía lo querés y...

¡Lo odio, Lorenzo! ¡Con toda mi alma! Debés hablar claro con él. No merece tu amistad.

Cuando le dijo adiós, Lorenzo era un hombre inseguro. La incertidumbre le desbordaba la piel. No le avisó a Johana que iba a su casa esa noche...

¿Cuándo volviste?

¿No te lo dijo Lucas? El lo sabía. Fue al primero y al único que llamé desde el aeropuerto.


Pero a quien vi fue a Delia. Me esperaba en la puerta de casa esta tarde. Me contó algo extraño, Johana.
¿Se lo creíste?



El sábado Delia estaba en el club. Esperaba algo sin saber qué. Cuando vio llegar a Lucas fingió no darse cuenta...
(Está solo. Algo debió pasar. Me muero por saber qué, pero por nada del mundo se lo preguntaría a él.)
Adiós, Delia. Hace un hermoso día, ¿no?


Adiós... (¡Juntos como antes, como si nada hubiese pasado! Lorenzo y Johana del brazo y hacia el lago...)


(Y Lucas indiferente, como si tampoco hubiese pasado nada. ¡Ahora sí que me muero por saber algo! Y lo sabré.)


Se acercó resuelta. Arrimó la silla y se sentó a su mesa. "Hola", dijo Lucas, como indiferente...
¿Los viste pasar? Deben estar remando juntos,ahora, arrullándose bajo la sombra cómplice de los sauces...
¿Y qué? Son novios, ¿no?


Pero cuando Lorenzo no estuvo, vos y Johana... Ella es sueca, lo sé. Tienen costumbres distintas a las nuestras, pero él... ¡El no es sueco, Lucas!
Yo tampoco, Delia.

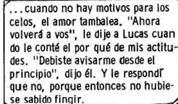

¿Viniste a decirme eso o algo más importante? Por ejemplo: que me extrañás tanto como yo. Y que te sentís muy sola...
¡Lucas!


Se asombró, pero no retiró la mano que él le apretaba, con la suya, temblorosa. Ella también comenzó a temblar cuando preguntó:
¿Tenés el coraje de decirme eso después de lo que pasó?
No pasó nada. Johana y yo simplemente nos consolamos de una misma soledad.


Ahora decíme si me equivoco al pensar que me dejaste para probarte si de verdad podías vivir sin mí.
Algo de eso hay. Yo me sentía... me siento... ¿Es verdad que entre Johana y vos no pasó nada?

Lorenzo detuvo el bote bajo un sauce. Johana se sentó en su mismo asiento, se apretó a él y cuando el otro bote los cruzó dijo:

¿Te das cuenta ahora? Ella necesitaba una prueba. Lo sabía tan fiel y consecuente que llegó a suponerlo incapaz de interesar a otra mujer. La psicología enseña que, a veces...









Harás muy bien. Ya no habría nadie para cuidarme. Por un tiempo largo habremos perdido un par de buenos amigos.



De acuerdo, no haré más preguntas sobre lo que pasó, pero prometerás algo, Lucas.







- ¿Has notado que Carlos está usando el pullover que le tejiste para su cumpleaños, mamá?

- ¡Por amor de Dios! ¿Qué decía la tarjeta?


EL REGRESO
DE DANIEL
Por CARLOS RUIZ
Dibujos de ENIO
9713

















Es él.



¿Y no les escribió?

A veces. Cuando mamá murió tuvimos que contactarlo por medio de la embajada. Así supimos que estaba en Hong Kong.



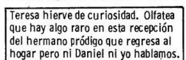






Lo cual es mentira. Nunca hablamos de Daniel en la familia, después que él se fue. Hay muchas cosas a recordar.











Esto hace que Teresa se repliegue irritada en sí misma. Por el espejito retrovisor miro a Daniel. No me da la impresión de que haya querido burlarse de ella. Más bien parece que hubiera dicho lo que piensa.







No entiendo. ¿Nadie está contento de que tu hermano esté de vuelta?

Menos averigua Dios y perdona, mocosa.


No me llames mocosa, hombrecito. Después de todo sos vos el que me anda detrás, ¿no?
Eso habría que discutirlo.


Me gusta Daniel. ¿Lo traés a la fiesta de Angel?
No sé si...


Sé bueno, tipo desagradable. Sé bueno.
Ufa... Por mí... Si él quiere...

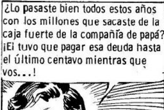

En ese momento la puerta se abrió y Daniel vino.
¿Me mostrás mi cuarto? Esta casa no la conozco.
Mi padre estaba de pie en el marco de la puerta y lo observaba. Parecía más envejecido que nunca y sentí rabia contra este intruso que venía a sumar otra tristeza a las que ya se habían abatido sobre él.
Vení.


Aquí. ¿Te conviene o no?


Me miró un momento. Mi tono era provocador y sólo quería una excusa para golpearlo. No dijo nada y comenzó a desvestirse.
¿Nunca decís nada vos?
No vale la pena que diga nada. Vos, lo que querés, es una razón para pelearte conmigo. Y yo no quiero pelear.


¿Por qué? ¿Tenés miedo?


¿Miedo? Si esto te calma...
Se había sacado la camisa y de pronto me sentí ridículo al mirar ese torso formidable, donde los músculos parecían garrotes. Nunca había visto una tal fuerza física, latente, casi aterrante...
La rabia me cegó. Era su alma imperturbable lo que me sacó de mis casillas. Y olvidé su cuerpo de coloso.
¡No te hagás el santo! ¿Creés que me olvido de por qué te fuiste? ¿Crees que no sé la historia del robo?


¿Lo pasaste bien todos estos años con los millones que sacaste de la caja fuerte de la compañía de papá? ¡Él tuvo que pagar esa deuda hasta el último centavo mientras que vos...!




Calmáte, Jorge. Te estás acalorando.


Salí dando un portazo. Yo lo odiaba. Durante cinco años había aprendido a odiarlo, a odiar el repetido: "Ah. ¿Su hermano, el que...?" Y los silencios embarazosos.


¡Eh, tonto! ¿Le dijiste?
¿Qué cosa?


Lo de la fiesta...
Me olvidé. Decíselo vos si querés. Yo no tengo ganas.


De todas maneras no creo que acepte.
Veremos. Veremos.


Lo acompañé al día siguiente al cementerio, a la tumba de mamá. No llevó flores. Se paró un instante delante de la tumba.


(¿No llorás? ¿Nada? ¿No hay nada que te afecte?)


No lloró. No hizo ningún gesto.
Vamos.


Veo que la muerte de mamá no te hace ni fu ni fa.
No, Jorge. Lo que no me hace ni fu ni fa es la tumba. Ese masacote de piedra no es mamá. No.


Y no es aquí que voy a pensar en ella. Pensaré en mamá en un jardín o cuando oiga reír a los chicos... o cuando esté triste... o cuando esté feliz...


Aquí no. A mamá nunca le gustaron los cementerios.


(Pucha. ¿Qué le pasó al desgraciado? ¿Se le despertó algo?)
RIP


En los días siguientes casi no lo vi. Estaba todo el tiempo en su cuarto fumando o leyendo, nunca diciendo una palabra, como si fuera una sombra...
Hola, ¿puedo entrar?
¿Te acordás de mí? Vine a buscarte aquí porque como nunca se te ve afuera...
Ahá.
Mirá, voy a hacer un asado en la quinta de mis padres y estoy invitando a algunos amigos y quise pedirte que vinieras.
No soy un buen invitado. No sé divertirme.
No te diviertas entonces, pero vení. ¿De acuerdo?
Lo siento, pero...
¡Nada de lo siento o no lo siento! ¡Venís y se acabó! O si no te vengo a buscar y te llevo a la rastra. Además un poco de sol y de piscina no te hará mal.
Está bien.
¿Y? ¿Aceptó?
Ya lo creo, pero hay que sacarle las palabras con un tirabuzón.
(¿Y si hay alguien que sabe algo de lo que Daniel hizo? Habrá varios de los amigos de la familia allí...)















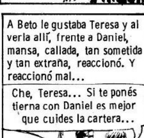




Tenés cara rara.

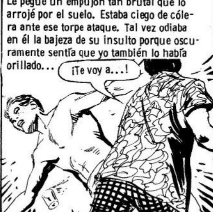
¿Sí? Sí. Me siento rara. No me divierto mucho. Eso es raro, ¿sabés?

Pero no sé... Desde que vos has aparecido me siento muy, muy rara.






Achicó los ojos enrojecidos por el vino y agregó:
El tiene la costumbre de mandarse a mudar con la plata ajena.


Le pegué un empujón tan brutal que lo arrojé por el suelo. Estaba ciego de cólera ante ese torpe ataque. Tal vez odiaba en él la bajeza de su insulto porque oscuramente sentía que yo también lo había orillado...
¡Te voy a...!


Quieto.


Lamento que la fiesta se arruine. Me voy.
¡Rompéle la cara a ése, primero! ¿O lo vas a dejar así?
Lo voy a dejar así.


El silencio era total y la escena parecía haberse convertido en un tablado de cartón. La única figura que se movía con lentitud, indiferente a todo era Daniel. Recogió su camisa y su ropa y marchó hacia mi coche.
Prestámelo. Alguien te podrá llevar.


¡Esperá, Daniel! ¡Voy contigo!


Por favor, no compliques más las cosas.
Dejáte de pavadas. Si esto estaba aburrido antes, ahora va a ser un funeral.
Esa noche cuando regresé vi luz en casa. Y sentí que algo se avecinaba. Comenzó a llover. Una lluvia lenta, tranquila y copiosa que calaba hasta los huesos mansamente.




Pero...


Por favor... Jorge... Decíle que no se vaya...
¿Que no...?


Miré a lo alto de la escalera y comprendí. Un sentimiento bravo y malo se cerró como un lago negro sobre mí.
No. Que se vaya. Es mejor así.


Yo..., yo necesito que él se quede, Jorge.
No.


Daniel descendió. Mi padre venía con él y sorprendido vi que los dos se sonreían. La mano de mi padre estaba sobre su hombro. Esta comunicación secreta y tácita me enfureció más aún.
Adiós, papá.
Adiós.


Daniel...
Adiós, bonita. No pienses mucho en mí. Eso pasa...


Y vos, Jorge, ¿me llevás al aeropuerto?
¿No podés tomar un taxi?


Se encogió de hombros y con un último saludo salió, a la noche y a la lluvia. Papá se me acercó despacio. Tenía la cara triste y conmovida...
Cometés un error.


¿Un error? El ha disfrutado todos estos años con el dinero que robó de tu compañía. Sos vos el que tuvo que quedarse aquí y apechugar y pagar hasta el último centavo y...

Jorge, Daniel nunca robó nada.


Mi mente ocupada con el rencor pareció de pronto vaciada, fría, como una habitación desnuda...
No entiendo. ¿Cómo que Daniel no robó nada? El dinero...


No había dinero en esa caja, Jorge. Daniel lo sabía. El sabía que yo había invertido el dinero de mis socios en una empresa que quebró. Sabía que yo iría a la cárcel cuando se supiera.

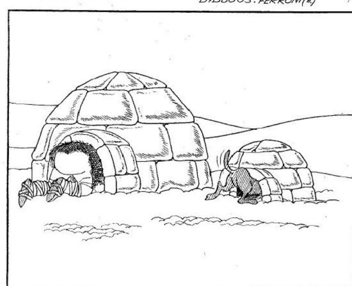

Entonces él montó toda la trama. Hizo creer que había robado el dinero y cargó con toda la culpa. De esa manera me salvó y me dio la oportunidad de levantarme. Mis socios no hicieron la denuncia y me permitireron devolverles el dinero.


El nos salvó a todos. A vos, a mí, a tu madre..., pero lo perdimos a él...


Oh, Dios...
Cuando llegué a Ezeiza estaban llamando a los pasajeros de su vuelo. Casi desesperado, casi aterrado, corrí empujando a todo el mundo, buscándolo entre esa multitud cálida y maciza.
Y de pronto lo vi...
Pero...
Dame. Yo te la llevo.
En ese loco viaje en la lluvia y la noche y el remordimiento, había hilvanado mil frases, mil excusas, mil puentes que me ayudaran a saltar el abismo y llegar hasta ese extranjero tranquilo.
Y ahora no me salía ninguna palabra.
Bueno... Chau.
Chau.
Supe que él sabía. Lo supe cuando sonrió. Supe que se iba y que se me estrujaba el corazón y que no hallaba nada para decirle, para explicarle... y también sabía que no hacía falta.
¡Daniel!
Farfullé algo... me enredé... y al fin me irrité conmigo mismo y sonreí.
Che... Los chinos, ¿cómo son?
El también sonrió. Levantó una mano en un saludo, camino del avión, del silencio y de todo aquello que nos lo había devuelto por una fracción de tiempo para luego recuperarlo otra vez.
Amarillos, claro...
FIN

VIVIENDO BAJO-CERO

TEXTO: INES VILABOA
DIBUJOS: FERRONI (h.)





-¿ Cómo te gusta el hielo, con o sin bebida?









¿ME FIRMA UN AUTÓGRAFO, BEATRIZ FUNES?

Por EDUARDO B. COSTA

Dibujos de ÁVILA

Se conocieron en una fiesta íntima. Su amigo Ricardo le dijo:

Vendrá Beatriz Funes.

Beatriz Funes era una bella actriz de cine a la que los últimos éxitos habían convertido en una "estrella".

¿De dónde conocés a Beatriz Funes?

La pregunta de Aldo Borzi hizo sonreír a su amigo Ricardo.

Lo que pasa es que vos nunca te movés de tu casa, Aldo. Estás metido en un cascarón.

Tu madre tiene razón. Si sigues haciendo vida de ermitaño terminarás, con el paso de los años, convertido en un solterón inaguantable.



Cuando Aldo estuvo frente a Beatriz Funes le pareció una mujer hermosísima. Además sin afectaciones. Hablaba con sencillez como si en verdad no se supiera tan famosa.



Como Aldo no sabía bailar conversaron toda la noche. Si bien Aldo Borzi era un industrial de renombre también le importaba el arte.

¿Se da cuenta? Me interesa más la literatura y la música que el acero, los altos hornos y los vaivenes de la bolsa.

Al día siguiente fueron juntos a un concierto. Se asombró Aldo de la popularidad que destacaba a Beatriz. Se cansó de firmar autógrafos.

¿No le incomoda tanto asedio?

¡Me encanta! Porque eso significa que el público me quiere.

Mientras se acomodaban para escuchar el principio del concierto, Aldo hizo una pregunta imprevista:

¿No dejaría por nada en este mundo su carrera de actriz?




Beatriz no tuvo tiempo para contestar. Había comenzado el concierto. A los tres días la actriz invitó a Aldo a que fuera a verla filmar.
Es un mundo que desconozco.
Ahora Beatriz hizo la pregunta imprevista:
¿Qué impresión tiene de ese mundo, Aldo?
Aldo, con delicadeza, escamoteó la verdadera respuesta.
Cuando lo conozca se lo voy a decir, Beatriz.
Las cámaras se acercaron a un primer plano. El personaje que interpretaba Beatriz debía besar al personaje que interpretaba Pablo Anselmi. Hubo un titubeo insólito. El director preguntó entre enojado y sorprendido:
¿Qué es lo que te ocurre, Beatriz?
Estoy cansada, nerviosa. Dame unos minutos de descanso para reponerme.
Beatriz y Aldo se miraron y hubo en el rostro de ella palidez y en los ojos de él tristeza. A la semana siguiente se encontraron en la casa de la madre de Aldo.
Es un placer para mí tener en mi casa a una bella actriz.
No pierdo película suya. Es usted un encanto.
Gracias, señora.
La distinguida señora miró a su hijo que se mantenía silencioso.
¿No te parece que Beatriz Funes es una gran actriz?
Claro, claro...
Después ella y él salieron a caminar por el parque de la mansión.
Ha impactado usted a mi madre.
Es una señora sensacional.
El jueves de esa misma semana la señora tomó el té con Beatriz.
Aldo es un excelente muchacho. Distinto a los de esta época.
Ya me he dado cuenta.
Es el vivo retrato del padre, mi esposo, que Dios lo tenga en la gloria. Poco salidor, muy celoso y apegado siempre al pasado.



¿Qué cree usted que piensa de las actrices?

Bueno... En fin... Mi marido no se habría casado conmigo si yo hubiera sido actriz.

¿Y el amor?

Entiendo lo que usted quiere decirme. Hubiera sufrido horrores, pero no se hubiera casado.

¿Qué habría hecho usted de haber sido actriz?

¡Hubiera abandonado mi carrera! ¡Amé con locura a mi esposo!

La madre de Aldo miró con ternura a Beatriz.

Me gusta mucho usted, Beatriz. Algún día me agradaría verla filmar.

Las revistas especializadas comenzaron a escribir sobre "las continuas salidas de Beatriz Funes con un acaudalado industrial de Buenos Aires".

¿Y esto?

Beatriz se puso nerviosa ante la irritabilidad de Aldo.

Los periodistas son terribles. Husmean, averiguan, persiguen, torturan...

¡Y se meten en lo que no les importa!

Aquélla fue una despedida fría. Aldo se marchó malhumorado y Beatriz preocupada. Cuando él llegó a su casa se encontró con un fotógrafo y un periodista.

Sabemos que usted "anda" con Beatriz Funes y queremos hacerle una nota con...

Aldo los sacó a empellones. Después se enfrentó a la madre de mal talante.

¿Por qué les permitiste la entrada?

La señora no perdió su buen humor habitual.

Pensé que te gustaba la fama. ¿Acaso no sos el novio de Beatriz?

Aldo entrecerró los ojos. Giró para que su madre no lo viera emocionado. No dio ninguna respuesta. Mientras tanto en el set nadie dejaba de advertir...


...la nerviosidad y hasta a veces la irritación de Beatriz. El actor Pablo Anselmi fue quien quiso averiguar lo que ocurría. Se encontró frente a una Beatriz impenetrable.
¿Algo tiene que ver ese caballero industrial?
Ella contestó un desatino:
STA
¡No me gusta que se metan en mi vida! ¡Déjame en paz!
El viernes por la noche fueron a ver en un cine de Flores una película de Beatriz. "Pasión volcánica" se llamaba el filme y era el último gran suceso de la actriz.
PASION VOLCANICA
Mientras en la pantalla Beatriz protagonizaba una sentimental escena con el galán de turno, Aldo, nervioso, enojado le dijo muy cerca del oído:
No quiero que trabaje más en el cine.
No hubo respuesta. Después fueron a un restaurante. Hasta el mozo le pidió a la "estrella" el autógrafo de práctica.
¿Es que nunca la dejan tranquila?
De pronto se acercó una muchachita muy entusiasmada y esta vez en lugar de pedirle un autógrafo a Beatriz se lo pidió a Aldo.
Quiero tener el autógrafo del futuro esposo de Beatriz Funes.
Abatatado Aldo garabateó algo que quiso ser su firma. Luego Aldo trasladó a Beatriz en su auto hasta la casa de la "estrella".
¿Por qué está tan silencioso?
Aldo detuvo su coche delante de la puerta de la casa de Beatriz ubicada en San Isidro.
¡Me he enamorado de usted, Beatriz!
¡Caramba!
Se produjo un largo y nervioso silencio. La habitual timidez de él lo había metido en un callejón sin salida. Ella también se sentía acalorada...
...como si toda la sangre de su cuerpo se le hubiera agolpado en el rostro.
¡Caramba!
Por unos segundos Beatriz no supo decir más que...
¡Caramba!


Al día siguiente Beatriz entró al set como una sonámbula. Pablo Anselmi, el actor, la apartó de los demás que la miraban sin entenderla.
¿Estás enferma?
¡Me quiere! ¡Y lo quiero!
¡Por primera vez en mi vida estoy enamorada! ¡Y soy feliz, aunque...!
¿Qué?
Sin mirar a su madre Aldo explicó con voz nerviosa.
¡Estoy enamorado, mamá!
¡Albricias!
¡Pero tendrá que abandonar su carrera de actriz!
¡Epa! ¿Se lo dijiste?
Sí. Se lo dije.
¿Y qué te contestó?
Que lo iba a pensar. Y eso me da miedo. No vaya a ser que su carrera de actriz sea más importante que el amor que me tiene.
¿Y por qué no la dejas seguir siendo actriz?
¡No lo aguanto! Respeto todo ese mundo, pero no lo entiendo. Además quiero tener hijos... Y ella también.
Una actriz trabaja sin descanso. Y estudia. Y viaja. Y los reportajes. Y la publicidad con sus inventos. Y los autógrafos. Me da la impresión, mamá, que...
...Beatriz metida en ese torbellino no me pertenece por completo.
¿Y si ella decide seguir siendo actriz?
Significaría eso que no me quiere.
Me parece, hijo, que procedes con cierto egoísmo, con alguna dureza.


Muy enojado, Pablo Anselmi, el actor, fue a ver a Aldo. Y le enrostró su posición intransigente.
¿Viene usted en nombre de ella?
Ella no sabe nada. Y si lo llegara a saber se enojaría conmigo.
Perdone mi franqueza, pero es usted un hombre fuera de época. ¿Qué prejuicios lo impulsan a...?
Yo no tengo nada que explicarle a usted.
¡Espero que Beatriz no transija y que usted se vaya al diablo!
¡Es usted un insolente!
Beatriz se concentró en sí misma durante más de una semana. Ni siquiera atendió los llamados telefónicos de Aldo. Pablo Anselmi se cansó de apretar el timbre de la puerta de calle de la coqueta casa de San Isidro en la que vivía la estrella.
Aldo se asustó. Tuvo la sensación de que estaba a punto de perder a Beatriz. Reconoció que había sido demasiado exigente.
Pensó que tenía que cambiar; que la carrera de una actriz era muy importante y podía ser sagrada para una actriz. ¿Qué pasaría con él, si de pronto se quedara sin sus fábricas y sin la puja excitante que representaban los negocios? ¿Tenía derecho a imponer casi dictatorialmente su voluntad en contra de...
... la voluntad de la mujer que amaba? ¿No resultaba demasiado excesiva esa tendencia que tenía él por desear siempre la total exclusividad en todas las personas y las cosas que le interesaban?
Es que Pablo Anselmi le resultaba detestable. Y las cámaras. Y el director de la última película a quien sólo conocía superficialmente. Y el set. Y los periodistas. Y los fotógrafos. Y la publicidad. Y las escenas de amor...
... en las que él tenía que ser espectador y no protagonista. El no entendía otra clase de amor que el posesivo. Así había sido su padre, modelando a su esposa -su madre- de tal manera que ella era un modelo de virtudes...

...y delicadezas. Había visto una película de Beatriz en la que ésta interpretaba el papel de una muchacha grosera, de vida airada. Esto le había producido un efecto muy extraño, como si Beatriz pudiera esconder dentro de su alma una infinidad de personajes desagradables.

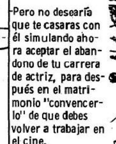


Los Borzi poseían una delicadeza de espíritu que desde muchos años atrás -y en la sucesión de múltiples antepasados- conservaban incólume. Beatriz tenía el porte y la belleza de una gran dama. Así la quería para él.



Antes de hablar con Aldo, Beatriz fue a ver a la madre de éste. La señora la encontró tranquila, sin rastros en la cara de intensa preocupación, como si la muchacha hubiera meditado con serenidad.





Lo amo demasiado para simular nada, señora. He tomado una decisión. Pienso que me provocará una gran angustia en los primeros tiempos...

...entender que ya no soy más actriz, que he dejado de ser una persona popular. Pero peor sería dejar a Aldo. Sin él no podría vivir, aunque con los años llegara a ser la actriz más famosa del mundo.

Cuando Pablo Anselmi, el actor, se enteró de la determinación de Beatriz se decepcionó mucho.



Se casaron inmediatamente y fueron en luna de miel a Brasil. Aldo era el hombre más feliz de la tierra. Repetía a cada momento que le daba un poco de miedo...



En Brasil, enterados de su presencia, un puñado de productores asociados visitaron a Beatriz para proponerle una coproducción con la Argentina. Un proyecto de locura. Aldo estuvo presente en los diálogos y vio cómo su esposa...

...con tacto y serenidad rechazó todas las propuestas. A veces en medio de las comidas ella tomaba un libro, una novela cualquiera y comenzaba a "interpretar" los distintos personajes de la misma. Y Aldo se reía de buenas ganas.







Beatriz hizo las escenas con Pablo Anselmi magníficamente. Vuelta a vuelta, terminada la toma, recibía el aplauso de todos los que trabajaban a su lado. Aldo se dio cuenta que lo miraban con antipatía como si lo estuviesen acusando de algo.



Con el paso del tiempo y ante las continuas delicadezas de su esposo y el intenso amor que le profesaba, Beatriz fue olvidándose de su vida de actriz. Comentó cierta noche en presencia de la madre de Aldo, de éste y de Ricardo, el amigo de ambos y por el cual ambos se habían conocido...



Puede ser que lo que más me interesó de mi vida de actriz fue el boato exterior. Soy tan feliz junto a Aldo que para mí el mundo comienza en él y termina en él.

Aldo, repleto de felicidad, cargado de una alegría estallante, comprendió que su adorada Beatriz ya era una Borzi perfecta. Con ternura le besó la frente.

¡Lo único que puedo decirte es que le has dado sentido a mi vida!

Muy seguido iban a ver grandes películas, las más renombradas obras de teatro y los conciertos de mayor nombradía.

Indirectamente quizá, sin advertirlo ninguno de los dos, creo que tu espíritu creador se ha metido en mi espíritu, Beatriz.

Sin duda alguna Beatriz era en verdad un "espíritu creador". Había decorado la casa con un gusto excepcional y hasta a veces pintaba y componía música de importancia. Insensiblemente Aldo fue penetrando a ese mundo que Beatriz le proponía sin presiones de ningún tipo.



Hasta que de pronto el carácter de Aldo comenzó a sufrir un extraño resquebrajamiento. Beatriz lo notó triste, silencioso, preocupado. Quiso saber qué era lo que le pasaba, pero Aldo, con evasivas, eludió siempre la cuestión.

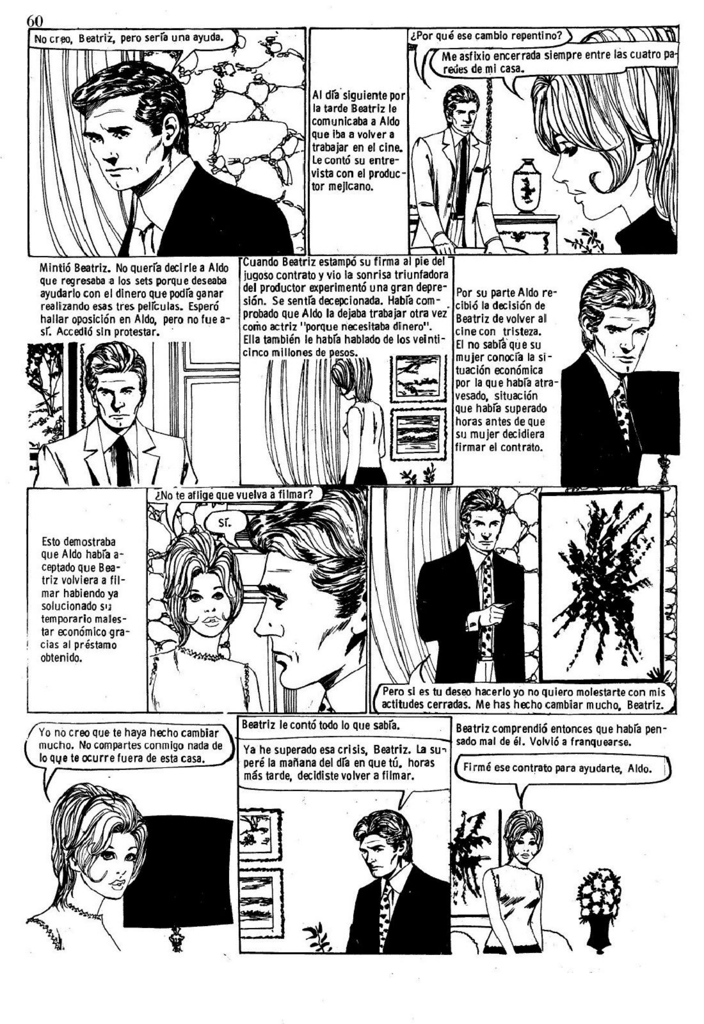


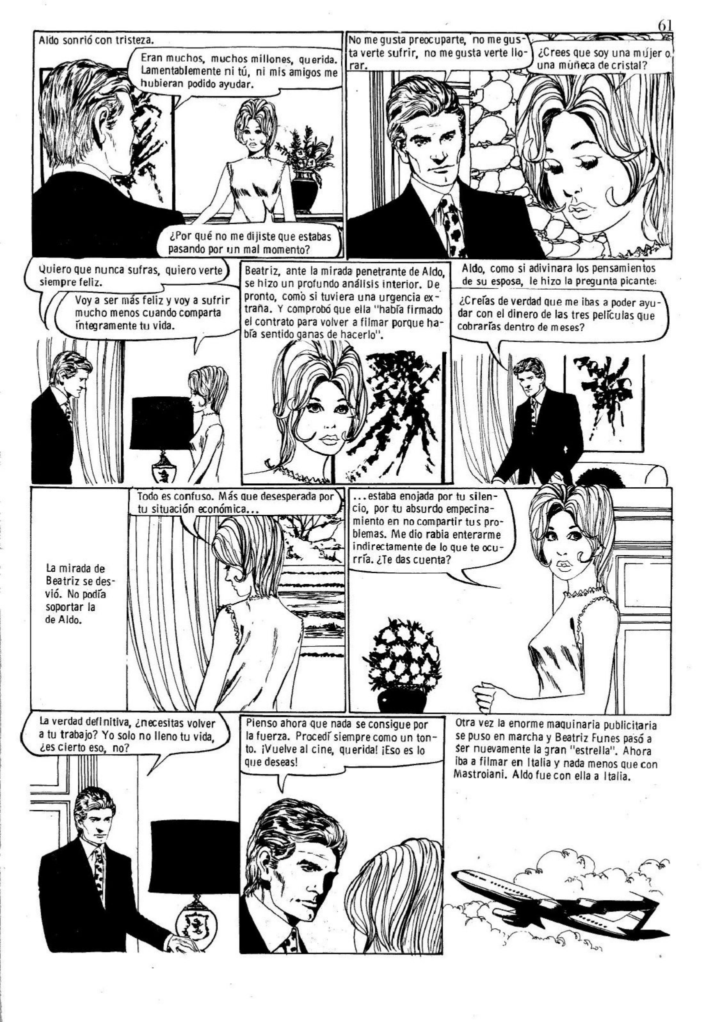
En el interín Beatriz recibió la visita de un fuerte productor mejicano a quien ella conocía desde la época en que filmara en Méjico.

Es un proyecto formidable, Beatriz. Tres películas, tres coproducciones con Italia.




Trabajarías junto a Marcelo Mastroiani en los tres filmes.Tu abandono de la carrera cinematográfica ha servido...
..paradojalmente, para acrecentar tu popularidad. No te olvides,Beatriz,que cuando abandonaste tu carrera cinematográfica tu fama llegaba hasta la mismísima Europa.
A Beatriz le reportarían las tres películas alrededor de veinticinco millones de pesos. La muchacha rechazó la propuesta terminantemente.
Ya no me interesa nada de todo eso. Ni siquiera los millones de pesos. Mi marido es muy rico.
Yo me quedo un mes en Buenos Aires. Espero que cambies de idea.
¡Qué pérdida de tiempo!
Beatriz habló con la mamá de Aldo con el afán de averiguar algo sobre lo que le pasaba a su esposo. Ella no dudaba de que Aldo se hallaba fuertemente contrariado. La madre de éste no sabía nada.
Aldo es muy reservado.
También era hermético mi marido, Beatriz. Aldo, como su padre, cree que a las mujeres no se las debe preocupar con malas noticias. Hombres como ellos piensan que nadie puede arreglarles sus problemas a no ser ellos mismos.
Ricardo fue el que habló con Beatriz y lo enteró de que Aldo estaba al borde de la quiebra. Una serie de pésimos negocios lo habían llevado a una situación caótica.
Aldo nunca comparte con nadie sus planes, sus triunfos y sus fracasos. Ni siquiera contigo.
¿Tiene alguna posibilidad de salir de la bancarrota?
Si le llega el crédito que solicitó, sí.
Es angustiosa su situación.
¿Cómo supiste todo eso?
Por intermedio de uno de sus más enconados acreedores.
¿Con veinticinco millones podría arreglar su situación?


No creo, Beatriz, pero sería una ayuda.
Al día siguiente por la tarde Beatriz le comunicaba a Aldo que iba a volver a trabajar en el cine. Le contó su entrevista con el productor mejicano.
¿Por qué ese cambio repentino?
Me asfixio encerrada siempre entre las cuatro paredes de mi casa.
Mintió Beatriz. No quería decirle a Aldo que regresaba a los sets porque deseaba ayudarlo con el dinero que podía ganar realizando esas tres películas. Esperó hallar oposición en Aldo, pero no fue así. Accedió sin protestar.
Cuando Beatriz estampó su firma al pie del jugoso contrato y vio la sonrisa triunfadora del productor experimentó una gran depresión. Se sentía decepcionada. Había comprobado que Aldo la dejaba trabajar otra vez como actriz "porque necesitaba dinero". Ella también le había hablado de los veinticinco millones de pesos.
Por su parte Aldo recibió la decisión de Beatriz de volver al cine con tristeza. El no sabía que su mujer conocía la situación económica por la que había atravesado, situación que había superado horas antes de que su mujer decidiera firmar el contrato.
Esto demostraba que Aldo había aceptado que Beatriz volviera a filmar habiendo ya solucionado su temporario malestar económico gracias al préstamo obtenido.
¿No te aflige que vuelva a filmar?
Sí.
Pero si es tu deseo hacerlo yo no quiero molestarte con mis actitudes cerradas. Me has hecho cambiar mucho, Beatriz.
Yo no creo que te haya hecho cambiar mucho. No compartes conmigo nada de lo que te ocurre fuera de esta casa.
Beatriz le contó todo lo que sabía.
Ya he superado esa crisis, Beatriz. La superé la mañana del día en que tú, horas más tarde, decidiste volver a filmar.
Beatriz comprendió entonces que había pensado mal de él. Volvió a franquearse.
Firmé ese contrato para ayudarte, Aldo.

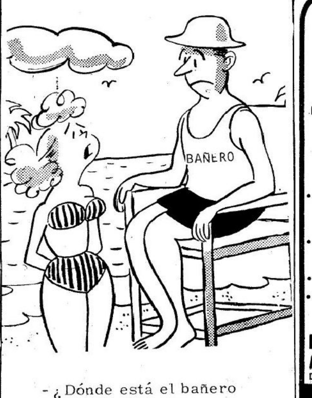

Aldo sonrió con tristeza.
Eran muchos, muchos millones, querida. Lamentablemente ni tú, ni mis amigos me hubieran podido ayudar.
¿Por qué no me dijiste que estabas pasando por un mal momento?
No me gusta preocuparte, no me gusta verte sufrir, no me gusta verte llorar.
¿Crees que soy una mujer o una muñeca de cristal?
Quiero que nunca sufras, quiero verte siempre feliz.
Voy a ser más feliz y voy a sufrir mucho menos cuando comparta íntegramente tu vida.
Beatriz, ante la mirada penetrante de Aldo, se hizo un profundo análisis interior. De pronto, como si tuviera una urgencia extraña. Y comprobó que ella "había firmado el contrato para volver a filmar porque había sentido ganas de hacerlo".
Aldo, como si adivinara los pensamientos de su esposa, le hizo la pregunta picante:
¿Creías de verdad que me ibas a poder ayudar con el dinero de las tres películas que cobrarías dentro de meses?
La mirada de Beatriz se desvió. No podía soportar la de Aldo.
Todo es confuso. Más que desesperada por tu situación económica...
...estaba enojada por tu silencio, por tu absurdo empecinamiento en no compartir tus problemas. Me dio rabia enterarme indirectamente de lo que te ocurría. ¿Te das cuenta?
La verdad definitiva, ¿necesitas volver a tu trabajo? Yo solo no lleno tu vida, ¿es cierto eso, no?
Pienso ahora que nada se consigue por la fuerza. Procedí siempre como un tonto. ¡Vuelve al cine, querida! ¡Eso es lo que deseas!
Otra vez la enorme maquinaria publicitaria se puso en marcha y Beatriz Funes pasó a ser nuevamente la gran "estrella". Ahora iba a filmar en Italia y nada menos que con Mastroiani. Aldo fue con ella a Italia.


¿Te hago infeliz con esta terquedad, querido?
¡Oh, no! ¡Me haces feliz porque te veo contenta!
Después de su primera película Beatriz sufrió un imprevisto abatimiento. No se prestó a nuevas campañas publicitarias y rehuyó ir a fiestas. Parecía desganada, decepcionada. Los productores se reunieron y convinieron en determinar qué...
...Beatriz Funes ya no es la...
...Beatriz Funes de antes. El director, los técnicos y los libretistas no están conformes con el trabajo de Beatriz Funes.
De común acuerdo entre las partes se decidió rescindir el contrato. Beatriz quedaba liberada de filmar las otras dos películas que le faltaban. Después de esto volvió a sentirse tranquila.
Y una tarde, dos días antes de regresar a Buenos Aires, mientras caminaban por una calle de Roma, Beatriz le dijo a Aldo:
Querían inventarme un romance con un actor...
...y que dijera en conferencia de prensa que nosotros dos habíamos dejado de querernos. No los entendí. De pronto, y por primera vez en mi vida, no entendí nada de lo que pasaba a mi alrededor.
Se apretó fuertemente contra el brazo de su esposo.
¿Sufriste mientras filmé?
Bueno... sí. Un poco.
Te quiero para mí... Unicamente para mí, Beatriz. Siento que el cine te arranca de mi lado. ¿Se acabó?
Definitivamente.
Y agregó con infinita ternura:
¡Aldo, voy a ser madre! ¡Vamos a tener un hijo!
Y se quedaron quietitos, callados, emocionados. Por eso Beatriz no oyó que una muchacha le pedía:
¿Me firma un autógrafo?
FIN

UN POCO DE BUEN HUMOR



-Antonio tiene ideas un poco anticuadas.



-¿Dónde está el bañero que me rescata siempre?

LOS GERANIOS EN EL CALOR DE LA TARDE

Por ROBIN WOOD

Dibujos de HAUPT

Los geranios aromaban la noche. Allí, a su lado, no podía ver claramente el macizo pero el perfume lo envolvía como una tela de araña invisible...

No estaba nervioso. No sentía nada. Apenas como si fuera un cascarón vacío. Estaba sentado junto al macizo de geranios con el rifle entre las rodillas.





Sus manos tocaron el rifle con cautela, como el que toca una culebra dormida. Su cerebro automáticamente reconoció las partes. Cerrojo. Gatillo. Recámara. Culata. Punto de mira.



Y los geranios perfumaban el aire. Hacía un poco de calor aunque ya era de noche. No tardaría en aparecer Martín.



Y cuando Martín apareciera, él plantaría una bala del máuser en el pecho del extranjero. Lo mataría y mataría a su propia miseria y su soledad. Y mataría los geranios y la pálida fosforescencia del amor.



A las seis de la tarde, Dolores y Raquel estaban siempre sentadas en el jardín bordando o leyendo, disfrutando de la agonía del sol lejano que se ahogaba en sangre y del perfume de los geranios que resucitaban en el frescor próximo de la noche.





Dolores era la bella de los Ordóñez y en todo el ámbito de Yucatán los hombres mordían su nombre con rabia y nostalgia. Dolores mataba sus sueños con el acero verde de sus ojos...



Raquel era callada, perdida en un misterio simple y aislada en una perfumada conspiración de bondad y silencio. Sabía reír de muchas cosas. Se conocían sus alegrías pero no sus penas.





¿Y de Martín?

Nada. Desde que se acabó la revolución no se sabe nada de él. ¿Qué se va a saber? El debió estar contento con su guerra.

No hables así de él.

No digo nada malo. Sólo lo que es.

Dolores se calla y los ojos se le ponen tristes. La memoria se le escapa más allá de las seis de la tarde y de los geranios que se despiertan.

(Martín. . .)

¿Todavía piensas en él?

No seas tonta.

(No soy tonta. Hace cinco años que Martín se fue con Pancho Villa. El capitán Martín Arenas. Muy macho. Muy soldadote. Muy guapo. Y dejó a Dolores y se fue con su revolución.)

Allí viene John.

El inglés atraviesa el jardín hacia ellas. Se viste siempre con mucho cuidado y su hermosa cabeza rubia parece la pintura de un ángel indiferente. Tiene manos blancas y un anillo de plata.

Buenas tardes.

Los dejo. Voy a ayudar a mamá a cocer el pan.

¿Por qué tu hermana nunca se queda con nosotros?

Porque es discreta. Los novios siempre quieren estar solos, ¿no?

No me molesta que se quede con nosotros.

No. Claro que no. Tú eres un hombre tranquilo.

¿Qué quieres decir?

A veces me gustaría que fueras un poco menos tranquilo. Y menos caballero. Un poco menos perfecto, un poco más loco... Algo más vivo.

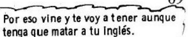

Soy como soy, querida.
(Martín...)
(John...)
Y en otro rincón del jardín, Raquel se muerde un nombre y junto con él se mastica su pena y su impotencia y su rabia tranquila de mujer trampeada por los sentimientos...
(John... Si supieras...)
El jinete se desperezó sobre la silla bostezando y haciendo crujir sus huesos. Estaba polvoriento y sucio, llevaba dos pistolas y un poncho rojo. Una vieja bandera quemada de pólvora estaba enrollada en la grupa de su caballo.
(Y estamos de vuelta, mi alma... Aquí estoy como si nada hubiera pasado...)
Y nada había pasado. La revolución se había acabado como se acaban todas las cosas. Los hombres que murieron habían sido olvidados. Los que no murieron regresaban y nada parecía diferente. Cinco años de guerra no cambian el aire perfumado de las siete de la tarde.
¡Martín ha vuelto!
¿Martín?
¿Martín?
¿Quién es ese tal Martín?
Es... Es un muchacho vecino... Hace años se fue a la revolución. Fue muy valiente parece...
¿Qué te ocurre? Estás pálida.
No... No es nada... No me siento muy bien...
Te dejo entonces. Tal vez te convendría recostarte un poco.
Gracias, John. Hasta mañana.
John, toma.
Ah. El geranio de todas las tardes, ¿eh? Gracias, hermanita.


No me llames hermanita. No me gusta.
Como quieras. Hasta mañana, Raquel.
Y el inglés se marcha calle abajo, elegante y pálido. La gente lo saluda con deferencia porque es hombre rico y porque es hombre bueno.
Es aquél, Martín.
Ahá. El gringo ese, ¿eh?
Pero, ¿qué haces?
Calma.
El inglés no se inmuta. Simplemente se cubre la boca con un pañuelo de seda para protegerse del polvo. Tiene los ojos azules y muy pálidos.
¿Quién...?
El mejicano aparece frente a él. Es moreno, bravo, latiente como un músculo y quemado por una sangre que le arde como pólvora.
Yo, gringo. Martín Arenas.
¿Y por qué esto?
Por Dolores. He venido a buscarla.
El pálido extranjero no se inmuta y sus ojos siguen calmos y azules. Martín comienza a bullir de cólera ante su impasibilidad.
Yo soy el hombre de Dolores. La dejé hace cinco años y ahora he venido a buscarla.
Cinco años es mucho tiempo, mi querido amigo. Y en última instancia es ella quien decidirá. Buenas noches.
Pero...


En su cuarto, Dolores oye el calor del verano que hace crujir el jardín. Tiene miedo de salir, de asomarse, de ver a alguien cuya presencia quema el aire tanto como el sol...
(¿Por qué ha vuelto?)
¿Has oído lo que hizo Martín a John?
Sí. Lo oí.
¿Y no dices más que eso?
¿Y qué quieres que diga? ¿Qué quieres que haga? Yo no mando en Martín.
Dolores. ¿Tú quieres a John?
¿A qué viene esa pregunta? Es mi prometido.
Eso no quiere decir nada. Desde que sabes que Martín ha vuelto no sales más a la calle, tiemblas como una hoja y de noche tiritas en tu cama como si tuvieras fiebre.
Yo...
Déjame. No sé qué decirte.
(John. Ten cuidado. Tengo mucho miedo por ti.)
Como todos los días, a las siete de la tarde John llegó para su visita. Dolores estaba pálida y nerviosa pero el calmo inglés no mencionó ni una palabra de su encuentro con Martín...
Y desde lejos...
(Allí está el güero. No se ha asustado de mí. Creo que debe ser más macho de lo que parece...)
(Tengo que ver a Dolores... Y si ella no sale, yo entraré...)
(¿Por qué ha vuelto? Con el tiempo yo lo hubiera olvidado. Hubiera sido feliz con John y hubiera tenido niños rubios y tranquilos como él...)
(En vez de eso...)
Pero...
¿Tú? ¡Estás loco! ¿Qué haces aquí?
Tenía que verte. No grites.







Vete ahora, Martín. Tengo que pensar, Déjame,por favor...Te veré mañana... Yo...



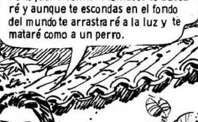
Mañana, no lo olvides.

Se dirigió cautelosamente hacia el portón del jardín evitando rozar los geranios adormecidos en las tinieblas...









Por un momento quedaron en silencio midiéndose con los ojos, no como un hombre y una mujer, sino como dos fieras. Por fin...

¿Así que estás...?

No es asunto tuyo. No lo toques. Te lo advierto...

El calor del verano se hacía más y más fuerte y el polvo reseco dificultaba la respiración. Los pájaros enmudecían en el aire calcinante del mediodía. John Wilkins miraba a través de la ventana.....

(Hombre tranquilo. Lo soy. Tal vez pierdo en la comparación con ese leopardo salvaje de Martín. Somos el hielo y el fuego.)

(Y tal vez Dolores prefiera el fuego. ¿Y si es así qué haré?)

Una límpida mirada azul, más fría que la muerte se extravía en el cielo incandescente.

¿Y? ¿Qué has decidido?

Debo estar loca...

¿Qué has decidido? Eso es lo que pregunto.

Sí. Me iré contigo. Me casaré contigo. Si no estoy contigo me volveré loca. Te quiero. Te quiero.

¡Te quiero!

Iré a buscarte esta noche. Hablaré con el cura para que nos case enseguida. Luego nos iremos. Déjale una carta a tus padres.

Ya la he escrito.

¿Y John?

Alguien se lo dijo. El impecable inglés no descompuso su rostro de porcelana. Simplemente continuó mirando a través de las ventanas del horizonte abrasado por el sol.

Gracias. Vete ahora.


Raquel vino al atardecer indiferente a los comentarios que su conducta pudiera acarrear. Vino casi corriendo, con un oscuro sentimiento de catástrofe en el pecho.
¡John!
El patrón no está, niña Raquel. Salió hace media hora. Y se llevó su fusil.
Oh, no.
En la noche oyó el golpetear de los cascos del caballo. El aire estaba fresco ahora y el perfume de los geranios lo embriagaba un poco.
(Es él.)
(¡Sí! ¡Es él!)

Por encima del brillo helado del fusil vio la silueta llegando. Cantaba. El aire estaba fragante de geranios.



Y el esplendor agobiante de la noche vio aquel geranio fresco de todas las tardes, desmayado en las manos de Raquel...









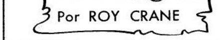





John Wilkins quebró con un suave golpe de los dedos un geranio y se lo mostró. Estaba sonriendo a aquella muchacha misteriosa cuyo misterio no lo era más.
Por esto.
FIN

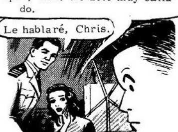

GOTITAS
DE
ALEGRÍA
-¡Juan, estás borracho!
-Si pasas por la confitería dile a don Nicolás que mande medio kilo de helado de chocolate...
-¿No te gustaría que te regale un lavaplatos automático para tu cumpleaños, querida?

BUZ SAWYER



ROBO EN EL MAR

Buz, Christy y Pepper regresan a su hogar, luego de haber actuado en un experimento oceanográfico.



Después...

¿Señor Sawyer? Soy C. C. Bottomly, asistente administrativo del señor John Dough, presidente de la compañía Explotadora del Mar. S. A.

Bien, ¿qué desea?









Y tú, nena, ponte el abrigo de pieles que te regalé y muchos brillantes en los dedos.

Sí, querido.

Poco después Buz queda impresionado al ver la limousina, pero más impresionada queda Christy.















Este..., espero que los reflejos de mi brillante de 12 kilates no lo cieguen, ¿eh?
¡Oh, no!

Bueno, vamos al grano, o mejor dicho, a los negocios.
Hemos leído en los diarios acerca de las inmensas riquezas que hay bajo el océano y nosotros deseamos ir en su busca.





Admitimos que nosotros no sabemos nada del mar, es por eso que lo queremos a usted, señor Sawyer.
Usted es un experto acuanauta y le pagaríamos el doble de lo que gana en la marina. ¿Qué dice, compañero?
¡Estoy asombrado!

La búsqueda de esos tesoros, caballeros, les costará mucho dinero.
¡Yo tengo millones, compañero!
¿Le parece bien un diez por ciento de las ganancias?







¿Y quiénes eran ellos?
Dos hombres que me pidieron dejara la marina por cincuenta mil dólares.

¡Cielos! ¿Cincuenta mil dólares? ¿Y tú, aceptaste?
No. Iré ahora a Inteligencia Naval. Eran gangsters.

¡Así que el tipo nos dio con la puerta en las narices!

¿Y a quién le importa? Después de todo, yo sospecho de los hombres que no beben, no fuman y desprecian una comida exquisita por un sandwich.



Deberemos buscar a otro.

El submarino de la Compañía Explotadora del Mar S. A. efectúa diariamente búsquedas submarinas y recolecta piedras ricas en hierro, magnesio y cobalto.



¿Diez kilos en un día? Y el resultado sólo se traduce en cincuenta dólares.



Eso no alcanza para pagar el combustible que gasta el submarino.

Sabemos que hay oro bajo el mar, ¿pero, dónde?

¡Ya lo tengo! Busquemos algún barco hundido que contenga oro.



(Ya hice cincuenta agujeros en este armatoste.)

En ese viejo barco torpedeado no había nada que valiera la pena.

Estamos perdiendo el tiempo y no ganamos nada.

Debe haber algo que nos proporcione dinero...

En el Golfo de México de Lousiana existe un pozo petrolero que extrae 10.000 dólares por día de oro negro.

Pero, poco después, en la compañía de Jeff Spudder, propietaria de cuatro pozos, tienen problemas.

¡Eh, Jeff! ¡El número dos está lleno de agua salada!

¿Qué...?

¿Crees que puede ser serio, Jeff?

Todo lo que me cueste dinero es serio.

Todo sucedió de pronto en el dos. Comenzó a salir agua salada.

Hola...

RRRING!

¿Señor Spudder? Me enteré que uno de sus pozos se llenó de agua salada.

¿Dónde oyó eso?

Eso no tiene importancia. Escúcheme atentamente y escriba a: "La Banque du Monde, Zurich, Suiza, cuenta 11.579." ¿Ya anotó?

¿Quién habla?

Deposite medio millón de dólares en esa cuenta dentro de diez días, u otro de sus pozos estará lleno de agua salada.

Los buceadores encontraron el problema, señor Spudder. Alguien dinamitó el cable conductor que está a 400 pies bajo el agua.



¿Cuánto costará repararlo?

Bueno, no sé... pero es mucho dinero.

¡Alguien está extorsionándome!

Pero, ¿quién lo habrá hecho? No he visto ninguna nave por las cercanías.

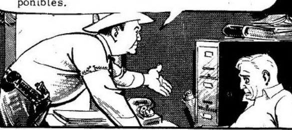


Tal vez hayan utilizado un submarino. Por aquí cerca hay varios.

Esucha, Ernie: esa banda de extorsionadores me amenazaron con destruír otro de mis pozos si no entrego medio millón de dólares.

Tal vez alguien te juegue una broma, Jeff.





Washington.













En el Pentágono...



Nuevamente, Jeff Studder repite los hechos.











-Estoy pensando, Sam, si tu gente del Instituto Oceanográfico puede proporcionarnos embarcaciones y buceadores para atrapar a esos saboteadores de petróleo en el Golfo de México.



Precisamente aquí tengo una persona con experiencia.

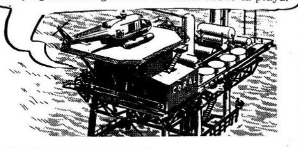
¡Espléndido!

Bien, Buz, ya tiene usted su nueva misión: usted será el primer vigilante del océano.









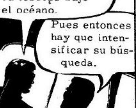


-El problema no parece ser tan grande, Hawkins. Quienquiera que haya dañado los pozos, lo hizo desde el agua.









La policía local y agentes del gobierno controlan todas las naves ancladas en el puerto.

Y la búsqueda de John Dough y Rockstone se hace al mismo tiempo.

LOUISIANA CRAWFISH BOILED

Seafood GUMBO

FRESH OYSTERS ON THE HALF SHELL

Hasta ahora, Sawyer, el resultado de nuestras investigaciones ha sido negativo. Pero seguiremos buscando a esos hombres.

!

La policía también continúa.

(¡Hum! Un bote de pesca!)

(Y esos dos que están ahí concuerdan con la descripción que me dieron.)



Luego...

Le presento al señor Thataway, Sawyer. Es investigador privado.

¿Cómo dijo que se llama?

Así como lo oyó. Thataway.

Es un nombre difícil de olvidar.



¿Adónde se fueron los dos?

Tal vez a sus habitaciones.

Pescando, ¿eh?

Nosotros también hemos venido a pescar.

SUNSET INN FISHERMAN'S RES

El señor Gogó Thataway y yo vamos a quedarnos en la posada.



No creo que le agrade quedarse en esta posada, Sawyer.

Vamos a buscar otro lugar, compañero.

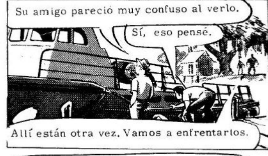

¿Así que ellos son los gangsters?
No se alegraron mucho al verme.


¿Y ellos poseen un pequeño sumergible?
Así es. Debe estar oculto en alguna de esas isletas.


Entretanto...
Esto me huele mal.
Y su compañero, ese tal Gogó. Puedo sentirle el olor a un policía a cien metros de distancia. Hay que prevenir a los muchachos.


El jefe dijo que estemos alertas. Tony.
Está bien.


Vamos a ver qué descubrimos por aquí, Gogó.
¿Conoces a esos dos?
No.


-Tal vez sean los que vienen a husmear.
Pero... ¡Si es Buffo Ritter! La última vez que te vi eras instructor de buceo en la marina.
Este... ¡Oh...! ¡Hola, comandante!


¿Qué haces por aquí?
Bueno... yo... ya no estoy en la marina.

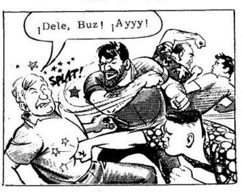

¿Te independizaste? ¿En qué compañía trabajas ahora?
Bueno... yo... trabajo por mi cuenta. Perdone, pero mi embarcación está por zarpar.


Su amigo pareció muy confuso al verlo.
Sí, eso pensé.
Allí están otra vez. Vamos a enfrentarlos.


¿Qué buscan aquí?
Nada. Sólo paseábamos.


No nos gustan los tipos que meten sus narices donde no les importa.
A mí no me gustan sus caras.


¡Te la voy a borrar de una trompada!
KLOP!
Yo me entenderé con éste, Buz.


¡Dele, Buz! ¡Ayyy!
SPLAT!


¡Al agua!

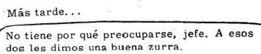
¡Auxilio, Buz!
¡Ayyy!
SPLASH!


¡Auxilio!
Voy, Gogó.
¡Ay, mi nariz!
¡Y ahora vamos por el otro!
¡Todos juntos!
¡Ja, ja, ja! ¡Yo me entenderé con él!
!


¡Háganle tragar bastante agua!
Ya es suficiente, muchachos.


¡Ahora, fisgones, fuera de aquí!
¡Sí, fuera!


¡Ha sido una buena pelea!
¡Siempre me pasa lo mismo!


Más tarde...


No tiene por qué preocuparse, jefe. A esos dos les dimos una buena zurra.
¡Magnífico!

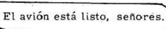


Mientras...
¡Mi nariz! ¡Oh!


Esos tipos deben tener una buena razón para alejarnos de ese lugar. No es que tenga miedo, pero...
Sé cómo se siente, Gogó, pero...


¡Vamos, póngase de pie! Hay que encontrar el submarino de esos tunantes!


Esta vez lo haremos por el aire.
FLYING SERVICE
N2G2



El avión está listo, señores.
PLANES FOR RENT


Usted mire hacia la izquierda; yo lo haré por la derecha, Gogó.
Okay.
47990


No deje pasar por alto nada que se mueva por el agua.
¡Eh! ¿Qué es esa sombra oscura que se ve allí?


¿La ve, Buz? Cerca del muelle... Bajo el agua...
Vamos a bajar un poco para ver mejor.



¡Eh, Tony, ese avión parece estar dando vueltas por aquí!

Trata de ver el número de matrícula.

He venido a verlo, patrón, porque un avión anduvo rondando por el lugar donde está el submarino.

¿Han tomado nota del número de la matrícula?



Poco después...

Sí, es uno de nuestros aviones. Se lo alquilé al comandante Sawyer.



¡Ah, es lo que yo pensaba! El es amigo mío. ¿Tiene usted su dirección? Bien, gracias, señor. Tenga esta propinita.

Acerca de Sawyer, Rocky, los muchachos me advierten que un avión estuvo dando vueltas por nuestra guarida.



Pues que habrán descubierto ya nuestro secreto.



Es demasiado peligroso. Ahora tenemos a la marina tras nosotros. Pero eso es asunto tuyo. Si vuelve, haz lo que te parezca con él.



¿Sabes quiénes eran los del avión, Tony?



No. Es ese marino Sawyer, al que le dieron la paliza. Si llega a volver por aquí, quiero que lo capturen.



Sí. Claro que si luego se lo encuentra flotando, pudo haber sido un "accidente" ¿verdad?



Esa noche...

La embarcación está lista, Buz.

Poco después...

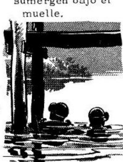
Ya estamos cerca. Pare las máquinas.

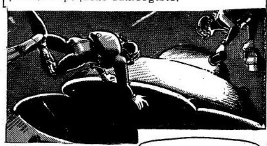


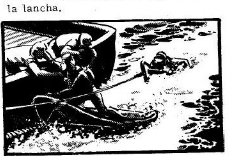


Buz y otro buceador se arrojan al agua.


Silenciosamente emergen entre el pajonal de la costa. Sobre un muelle hay un hombre armado.


Sin ser vistos, se sumergen bajo el muelle.


Poco después encuentran el objeto de su búsqueda. Un pequeño sumergible.


Pasados veinte minutos regresan a la lancha.


¿Hubo suerte, Buz?
Hemos hallado el sumergible de los gangsters.


¡Espléndida tarea! ¡Ahora, si ellos se mueven, nosotros los seguiremos como a conejos.


¡Pronto, Buz, suba! Llevaremos su minisubmarino a 60 millas de la costa.


Si ellos se mueven, nosotros lo sabremos. Cuando los haya localizado, le avisaremos por radio, indicando su posición.
Buena suerte, Sawyer.

Gracias. La necesitaré.
John Dough se comunica con un banco de Suiza.


¿Qué dice?¿Que no han depositado medio millón de dólares en mi cuenta?
Así es, señor Dough.


¡Hum! No puedo entenderlo... Yo pensé que Spudder estaba asustado y había hecho el depósito.
Tal vez haya dado parte a la policía.


De cualquier manera voy a volver a llamarlo para darle otra oportunidad. Si no lo hace... ¡boom! con otro de sus pozos.


Se le termina el plazo, Spudder. ¿Va a depositar lo convenido o le volaremos otro de sus queridos pozos?
¡Hágalo!

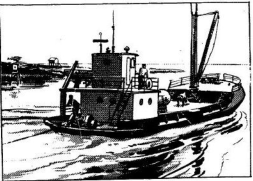

¿Qué dice?
Le dije que lo volara, si quiere.


¡El muy... !
Yo me encargo de esto, compañero.









Adentro de una embarcación...



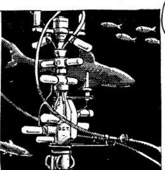
" Tía Minie viene al hogar"

Ese es el mensaje que esperábamos, Sawyer. Vamos a bajar el mini-submarino.



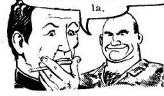






Los tubos de petróleo, que se encuentran en medio del océano, esperan su destino. ¿Serán dañados o llegará Buz a tiempo para impedirlo?

Mientras...







John Dough sonríe. Todo sale a pedir de boca. El radar de su embarcación no indica ningún peligro a la vista, excepto las torres de petróleo.





El pequeño vehículo submarino de los gangsters es bajado al agua, y nadie sospecha que pronto habrá otro mini-submarino siguiéndoles las pisadas.

El barco de Dough pasa cerca de la plataforma como si fuera otra embarcación más que hace el recorrido hacia la costa.

Pero a bordo de la nave de la marina...

Señor, el submarino intruso va a tres nudos por hora.

Ahora baja a 50 pies..., 75..., 125...

Avise a nuestro submarino.

Bien, señor.

Nuestro blanco está a 800 pies. Descienda un poco más.

Bien, señor.

Mientras, Buz...

¡Comandante Sawyer! El enemigo ya está cerca de los tubos.

¡Allí veo una luz! ¡Son los gangsters!

Buz y su ayudante salen del minisubmarino y se acercan sin ser vistos.

Los buzos de la banda colocan explosivos junto a los tubos, pero de pronto son sorprendidos por el destello de un flash.



¡Pescados en el mismísimo acto de sabotaje!

(¡Nos toman fotografías!)

(¡Vámonos!)

Uno de los bandidos se vuelve a Buz armado de un cuchillo.





¡Terror en la cara del hombre al no poder respirar!







Buz toma otras instantáneas, pero en ese instante la nave de los gangsters arremete contra el mini-submarino de Buz.





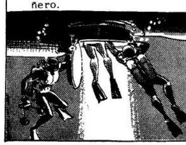
Será mejor que nos alejemos ahora.

Sí, vámonos.

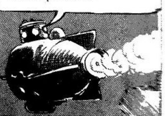
(Otra fotografía más para identificarlos.)

KITTY II

(Y otra más de los explosivos que han colocado en el tronco del árbol petrolífero.)







¿Por qué te has metido en esto, Buffo? Tú eras un muchacho honesto.

Bueno, yo, comandante...







Hemos cazado ya a toda la banda, incluso al submarino, Buz.



aprenda a divertirse



EN SU PROPIO HOGAR!

UNICO CURSO ESPECIALMENTE PREPARADO PARA APRENDER MAGIA EN EL HOGAR

Cualquier persona, hombre mujer o niño, que solamente sepa leer, podrá realizar en POCOS DIAS infinidad de trucos con los que causará sensación



DISFRUTE EL CURSO DE FU-MANCHÚ

Pida informes hoy mismo sin compromiso, entérese como puede en su propio hogar, disfrutar y aprender el **Unico Curso en el Mundo** que en 60 dias le convertirá en Mago

GRATIS Reciba en su hogar este maravilloso equipo



EN SU CASA POR CORREO

¡No importa su edad!

Sea Ud. el MAGO

Sea MAGO y...

... Divierta a los suyos
... Realice cientos de trucos
... Gánese el afecto de los niños
... Reciba un EQUIPO de MAGO
Obtenga una amena profesión



Universal Center

Fú-Manchú

Casilla de Correo 1198
Correo Central
BUENOS AIRES

GRATIS
PIDA FOLLETOS HOY MISMO

Solicito folleto de MAGIA sin compromiso

NOMBRE Y APELLIDO ____________

CALLE Y NUMERO ____________

CIUDAD - PUEBLO ____________ PROV. ESTADO ____________

PAIS ____________ F. C. ____________ EDAD ____

INT 1-5-73

OTRA VEZ LA LUZ

Por LADISLAO SHELL



No sé por qué, ahora, al verte junto a mí, de cara al mar, en este momento en que los dos hemos quedado en silencio, revivo nuestra breve pero intensa historia, desde el día en que te conocí.

Dibujos de TORRE REPISO

9574



Es la peor época. La invasión de turistas. Nos han cambiado el pueblo. ¡Esos malditos! ¡Ya no hay dónde meterse!

No rezongues, viejo. También nos han agrandado el diario. ¿Qué era este pasquín en tus tiempos?

Era nuestro diálogo habitual. González, mi jefe, junto al cual había aprendido mi oficio de periodista, odiaba la temporada veraniega, por otra parte como casi todos los lugareños. Yo había nacido allí, pero había estudiado en Buenos Aires.



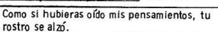
A mí me ha sobrado siempre. En cuanto a vos, te irás ahora mismo al Automóvil Club. Harás la nota de ese congreso o como se llame.

¡Sos un campeón, viejo! ¡Gracias!



Entonces fue cuando te vi. Al pararme el semáforo tuve que detener el coche junto al cordón de la acera. Mejor dicho, vi tu ancho sombrero de paja, esa especie de capelina antigua con la que te proteges del sol.







Creo que me sentí como hechizado. Creo que nuestras miradas se cruzaron. El caso es que me quedé mirándote como un bobo. Empezaron a sonar las bocinas.

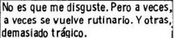



Comprendí que había cambiado el semáforo y que estaba obstruyendo la calle. Alguien me insultó. Mecánicamente arranqué, llevándome tu imagen, de la que no hubiera yo querido separarme.
(Puedo estacionar por aquí. Mandar al diablo ese congreso. Buscarla.)
Pero era absurdo. Estaba portándome como una criatura. ¿Iba a abandonar mi trabajo sólo porque dos hermosos ojos verdes se habían cruzado con los míos? Llegué al Automóvil con estos pensamientos. De pronto advertí que no se veía allí animación alguna. ¿Qué ocurría?
DIARIO EL PUEBLO
L.P. 36
RADIO VILLA DEL MAR
¿Qué pasa? ¿Y el congreso?
Se ha postergado, Víctor. Hasta esta noche a las ocho.
El destino estaba de mi parte. Giré en redondo.
(Quizás esté todavía allí. ¿Qué pasa? ¿Te da miedo? ¿Te has vuelto un idiota?)
Ese hecho trivial, acercarse a una muchacha, entablar conversación, lo que no comprometía a nada, algo tantas veces hecho, ¿cobraba ahora una importancia especial?
(Allí está. ¡No se ha movido de su sitio!)
Llevé el coche hasta una calle transversal. Al pasar, sólo había visto tu sombrero, pero eras vos, el mismo sombrero. Volví, y, al acercarme por la acera, seguías allí, la cabeza baja.
Estuve unos segundos así, inmóvil, de pie a unos pocos metros, contemplando ese sombrero que te ocultaba. De pronto alzaste la cabeza.
Tu mirada, al principio sorprendida, se hizo interrogante, casi airada. Di un paso, torpemente.
Pasaba por aquí. Pasé recién en coche.
Algo cómico debía de haber en mí, porque, de pronto, sonreíste, más bien dicho, se te escapó una sonrisa.
¿Sí? Mucha gente pasó por aquí. Una multitud.
Recuperé mi aplomo. Reí, a mi vez.
Te vi sola. Yo también estoy solo. Pensé que me gustaría conocerte. ¿Puedo sentarme?
Alzaste las cejas, pero no dijiste una palabra. Me senté.
Bueno. Salía del diario. Tengo que hacer la nota del congreso médico, ¿sabés? También tengo el noticioso. Al pasar te vi. Pero el congreso se postergó hasta la noche...



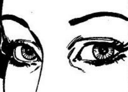
Justamente por ser la verdad, había sonado a falso, tan vulgar es recurrir a ese tipo de pretextos. Sin darnos cuenta se entabló el diálogo. Me quejé, al pasar, de mi oficio.

Parece que te disgustara ser periodista. No es feo.























Esa misma tarde te volví a ver. Tres horas antes de que empezara el congreso me fui a la playa. Merodeé por las cercanías de tu hotel. No estabas. Resolví nadar. De pronto...
¡Oh!...
¡Vos! Es el destino. ¿Ves? ¡Te estuve buscando, y te encuentro sin buscarte!
¡No es modo de encontrarme! ¡Espero que la próxima no sea así!
Reímos, felices. Yo, al menos, totalmente feliz. ¿Verdad que era el destino? ¿Verdad que ahora crees que fue el destino?
Salgamos. ¡Alcánzame!
Nadabas como un pez. Pero yo no era lento. Llegamos juntos a la playa.
¡Hasta aquel médano!
Caímos, exhaustos, al pie del árbol, sobre la arena del médano. Y a medida que fuimos recuperando el aliento nos mirábamos, cada vez más profundamente...
...hasta que te tomé las manos.
¡Claudia! ¡Es increíble! Estoy enamorado. ¡Desde esta misma mañana! ¡Estoy seguro!
Reíste. Me acusaste de don Juan, galanteador, frívolo, cosas por el estilo. Yo también reí. Sabía que mi verdad se te impondría, que no estaba viviendo tan solo un espejismo. Te acompañé al hotel al ponerse el sol. Yo debía vestirme para ir al congreso.
Esa noche...
¡No te duermas! ¡El que habla ahora es el tipo más importante!
No me dormía. Sólo que no podía apartar el pensamiento de ti. Habíamos quedado en vernos a la mañana siguiente, y lo único que deseaba era que llegara ese momento. Llegó, y volvimos. Y así ese día, y otro, y todas las tardes de aquel maravilloso mes de enero.
Adelanté mi licencia en el periódico y puse a mi suplente en la radio. Pude dedicar todo mi tiempo para tí.
No me entusiasma el baile. Pero me gusta verlo.
Otra cosa en la que coincidimos. Quedémonos en nuestra mesa, entonces.









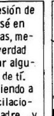
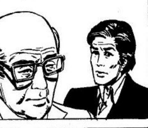




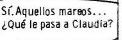
Recordé al doctor Roldán. Una eminencia. Debía ser algo sin importancia. Tú misma te reíste, y te seguí hasta el hotel bromeando. Los días siguientes fueron como los otros. La playa, el sky acuático, los clubs nocturnos, las charlas interminables...


Conocía a tus padres. Esa pareja encantadora. Me los presentaste en la terraza del hotel.
¿De modo que periodista?
Sí. Es mi trabajo. Creo que me trasladaré a Buenos Aires...
Tu madre captó la mirada que nos intercambiamos. Sonrió.
Supongo que todo el mundo hará lo mismo. El interior se quedará sin periodistas.
¡Oh, no! Sólo que se ha presentado una oportunidad...
En realidad, la había buscado, y vos lo sabías. Se aproximaba el momento de tu regreso, y quería estar donde pudiera verte todos los días. Estaba decidido a pedirte que te casaras conmigo. A pesar de todo, llegó la tristeza de tu partida.
En la misma noche de tu regreso, mientras tus padres preparaban el coche, pudimos cambiar unas palabras.
En dos días estaré en Buenos Aires. Creo que se me confirma un trabajo allí en un diario importante. Y en una radio.
Está bien, Víctor. Te esperaré.
Poco después, te ibas. Quedé inmóvil, viendo alejarse el auto. Era una mezcla de felicidad por haberte encontrado, y de tristeza por sentirme de pronto aturdido por tu ausencia. Creo que viví como un autómata hasta el momento de mi partida en Buenos Aires.
González me acompañó a la terminal.
Te vas por esa muchacha, ¿verdad?
Sí, González. Pero volveremos. A ella le gusta esto. Ya hemos hablado. Aquí no me va mal.
BUENOS AIRE
Me despedí de este buen amigo y mi viaje no fue más que un constante pensamiento puesto en tí. No sé por qué algo me inquietaba. ¿Premoniciones? ¿Esa misteriosa comunicación que se había establecido entre nosotros, y que actuaba, aun, que no tuviéramos conciencia de ella?
Lo cierto es que una ansiedad casi enfermiza me dominaba. Quería verte. Rápido. Al menos un momento. El viaje se hizo interminable. Al llegar a Buenos Aires, pasé por el hotel sólo para dejar la valija, y en el mismo taxi seguí hacia tu casa. Tenía tu dirección, y pronto estuve allí.
(Ojalá me reciba ella. Ojalá salga ella.)
La señorita Roldán, por favor. Claudia Roldán.
No me había recibido ella. ¡Y esa buena mujer, que me miraba de un modo extraño! Di mi nombre. Me hizo pasar sin decir palabra:
(No seas estúpido. ¿Qué te pasa? ¿Por qué estás inquieto?)


Oí pasos. Me volví.
¿Cómo está, Víctor? Siéntese.



¿Qué había en la expresión de tu padre? Créeme. Pensé en un segundo en mil cosas, menos en la verdad. Una verdad de la que pudiste pensar alguna vez que me alejaría de tí. Y que me hizo ir corriendo a tu lado. Observé las vacilaciones, los rodeos de tu padre , y creo que me irrité.


¡Por favor! ¿Qué ocurre? ¡Dígame usted qué pasa!
Creo que mi hija le dijo a usted que la haría revisar por el doctor Machado...

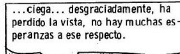


Sí. Aquellos mareos... ¿Qué le pasa a Claudia?
Hay algo que debe usted saber. Claudia debió ser operada de urgencia. Algo craneano. Su vida corrió un grave peligro...


Sentí que el corazón se me helaba. Me puse de pie, vacilante. Tu padre debía hacer un esfuerzo a la vez para dominarse.
¿Dónde está? ¡Quiero verla! ¡Dígame que está bien!

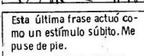

Está bien. Con vida. Afortunadamente la operación fue un éxito. Pero...


Un vértigo de angustia, de temores, de desesperación me nubló la vista. Oí, como en sueños, una explicación técnica de tu padre. Tus ojos. Tumor afortunadamente benigno. Pero presión en el nervio óptico. Y la frase final, que se repitió en mí, una y otra vez, como un eco.



...ciega... desgraciadamente, ha perdido la vista, no hay muchas esperanzas a ese respecto.


Caí como desplomado en el sillón. Como un niño, me puse a llorar.
Cálmese. Claudia quiere que usted comprenda una cosa: lo deja libre. Más aún: me ha dicho que no está dispuesta a sacrificarlo. No lo recibirá.


Esta última frase actuó como un estímulo súbito. Me puse de pie.
Dígame dónde está, por favor. Quiero verla.
Usted conoce el carácter de Claudia. La pobrecita no quiere piedad.


Insistí. Tu padre me dio la dirección de la clínica. Y ahora, cuando ha pasado todo este tiempo, debo confesarte que la peor de todas las angustias fue aquella larga espera, hasta que me permitieron verte, sólo dos días después. Dos días que fueron dos infiernos.


Pude hablar con el doctor Machado.
Le diré la verdad. Lo más probable es que no recupere la vista jamás.
¿Pero no hay ninguna esperanza? ¿Ninguna?


Bueno... Se ha registrado algún caso. Pero han sido recuperaciones casi milagrosas
Esta será una, doctor!¡Tiene que serlo!
La fe acababa de precipitarse sobre mí, sin pensarlo, sin proponérmelo. Tenía que transmitírsela a Claudia. ¡Esa sería mi arma! Cuando al fin pude acercarme, temblando, hasta su lecho...
Amor mío, todo saldrá bien. No hables. Escúchame...
Hablé extensamente, una y otra vez. Y así todos los días, hasta que abandonaste el lecho, hasta que desaparecieron los últimos rastros de tu operación y nuevamente tu rostro fue el tuyo, y tus ojos, los ojos más lindos del mundo, volvieron a sonreír, aún sin luz...
Sin embargo, tu voluntad seguía firme. Sólo había conseguido que postergaras tu decisión. Ya en tu casa, discutimos muchas veces.
Serás mi amigo. Pero nada más. No accederé a otra cosa. No puedo hipotecar tu vida, Víctor.
¿Cómo convencerte de que te amaba aún más que antes, que me eras más necesaria todavía que antes? ¿Cómo persuadirte de que no podía vivir sin ti, más todavía, que estaba lleno de esperanza, que creía firmemente en tu recuperación, aún cuando fuera un milagro?
BAZAR
Contagié mi entusiasmo a tu padre y a tu madre. Sentía que me apoyaban, aunque no lo dijeran expresamente.
Este primer año será un período de prueba. Si al cabo de él no ocurre nada, habrá que perder las esperanzas...
¡Ocurrirá! ¡Estoy seguro de que ocurrirá...!
Dios lo quiera, Víctor. Rezo por ello. Rezo continuamente...
Y pasó ese año, con mi tiempo compartido entre el trabajo, que desgraciadamente no podía abandonar, y mis largas charlas contigo, en la sala. Te leía libros íntegros, que comentábamos. Poemas, oíamos música. Así pasó el invierno, y llegó la primavera.
Solías preguntarme por los durazneros del jardín, cuyas ramas asomaban por la ventana.
¿Florecen? Ya deben estar en flor, ¿verdad?
Las ramas están llenándose de flores. ¡Es la primavera, Claudia!
La siento. Se huele en el aire. ¿Te has fijado que los gorriones alborotan más que de costumbre?







Ahora, te protejes de esa luz con esos anteojos oscuros, y estás en silencio, de cara al mar. Otra vez la luz, porque no hay tinieblas que no sean vencidas por la fe y el amor. Nuestro viaje de bodas, aquí, en Villa del Mar, también está impregnado de esa luz.

FIN





- Haciendo cálculos, creo que con una rigurosa dieta algún día podremos lograrlo.



- Doctor, quisiera decirle algo sobre la dieta que usted aconsejó a mi esposo.



-¿No piensa usted, doctor, que un régimen como usted le indica, haría peligrar su porvenir?



-¡Formidable, señor Varela... ! Veo que ha seguido la dieta que le he indicado.



-Piense en todos los lindos sombreros que podría comprar con el dinero que le hará ahorrar el régimen.





historias de hombres y mujeres

Por CRISTÓBAL MARÍA PAZ

TODO EL QUE LLEVA LUZ SE QUEDA SOLO

DIBUJOS DE FERNÁNDEZ

AMIGAS Y AMIGOS LECTORES:

En esta HISTORIA DE HOMBRES Y MUJERES me honro en incluir fragmentos del poema EL MAL HIJO del notable escritor argentino ALFREDO R. BUFANO.

CRISTOBAL MARIA PAZ

Ana miró aquellos papeles por casualidad. Era la letra de Karlo, grande y segura. Sonrió con malicia. Pocas veces venía a la oficina del padre que estaba instalada en la planta baja de la casa. Y menos a la hora del mediodía. Pero necesitaba hablar con Claudio Ramón, y el teléfono de arriba, de la casa de ellos, estaba sin tono.

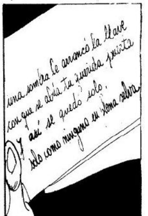


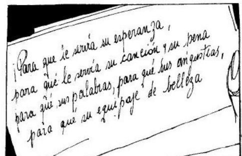
Volvió a mirar los papeles. Eran poesías. Una de ellas se llamaba "El mal hijo". El título le pareció un poco cursi, barato. Todo Karlo era un poco así; al menos el Karlo que ella creía conocer. Era muy diferente a Claudio Ramón y a toda la gente de la "barra". Leyó el poema.

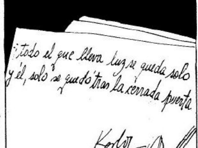


¡Yo sé que tú querías
a pesar de sus cosas a tu hijo el poeta
sé que te hizo llorar más de una noche
sé que te dio más de una honda pena.

"Sé que te hizo pasar más de un mal rato, como algunos decían, por su mala cabeza; más no fue culpa de él, pese a su vida de extraño personaje de novela."







Ana dejó los papeles en donde los había encontrado, con un poco de rabia. Aquellos versos la habían emocionado, tenía que ser sincera y reconocerlo y eso le dolía. Sentía fastidio por Karlo. Regresaban de almorzar. El padre la besó en la frente. Karlo la saludó con timidez.




Ana llamó a la casa de Claudio Ramón. Daba ocupado. Entonces habló con Ana María, pero no escuchaba lo que le decía su amiga; pensaba: "Una sombra le arrancó la llave... conque se abría tu querida puerta..."


Pensaba en Karlo, "el Rubio", ese bruto, ese "polaco"; el candidato de la familia "chapada" a la antigüa. No es que Karlo fuera feo. Era rudo, fornido. Todo un camionero. Decía que en Polonia había cursado el primer año en la Academia de Letras, después de recibirse de bachiller.


Pero llegó la guerra y lo detuvo todo. Hasta el tiempo, clavado en la dura y larga y fría hora de las lágrimas negras; en el minuto cansado de la muerte que nunca se acaba de morir.

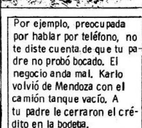

Ana se sentía mirada por Karlo; mirada con aquellos ojos de "besugo" todo colorado, como "un pavo". Era fuerte. Hasta el cabello le había salido con fuerza. Tenía la cabeza de escobillón color zanahoria.


Lo sabía enamorado de ella y le indignaba ese amor. Ella no era para casarse con "ése", con un camionero.... ¡Qué se pensaban! Volvió al piso de arriba. Encontró a la madre en la cocina, lavando los platos. Parecía preocupada.

Ahí tienes el repasador. Secá rápido los cubiertos, que se manchan. Estos no son de acero inoxidable.
¡Uf!


¡Ay, Ana! Hija, qué mal te educamos. No estudias, no trabajas; todo te parece mal, nada te conforma; siempre estás aburrida. Pero vos no tenés la culpa, la culpa la tenemos nosotros.
¿Vas a contar la historia de siempre, mamá...?

Como se nos murió tu hermana y como vos naciste cuando ya íbamos a quedarnos solos, te llenamos de mimos, te consentimos todos los caprichos. Por eso sos así, vivís para vos. No te das cuenta de las cosas que ocurren a tu alrededor.


Por ejemplo, preocupada por hablar por teléfono, no te diste cuenta de que tu padre no probó bocado. El negocio anda mal. Karlo volvió de Mendoza con el camión tanque vacío. A tu padre le cerraron el crédito en la bodega.




Antes era un buen negocio fraccionar vinos, ahora hay mucha competencia. Suerte que Karlo aguanta. Hace casi tres meses que no cobra un peso y para la nafta está poniendo dinero de su bolsillo. ¡Ese muchacho sí que vale!









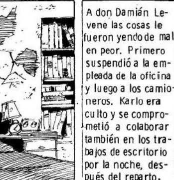




Karlo Perton. Era humilde de corazón, sencillo. Había llegado de ese país oscuro que se llama guerra. Aceptó trabajar de cualquier cosa y fue entonces cuando conoció a don Damián Levene, fraccionador de vinos.

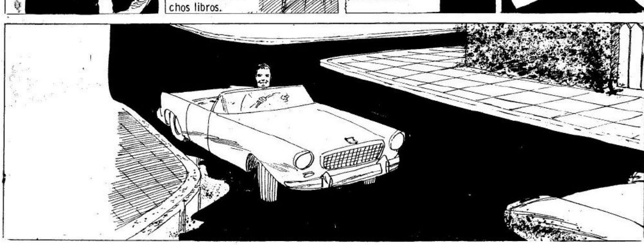


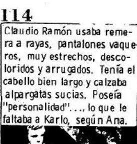
Don Damián le dio trabajo y lo trató como a un hijo. Karlo vivía en los fondos de la casa, en una pieza que estaba junto al garage. En su cuarto tenía pocas cosas: y un retrato de "la madre y el padre" que habían muerto en Polonia. Y también tenía libros, muchos libros.



A don Damián Levene las cosas le fueron yendo de mal en peor. Primero suspendió a la empleada de la oficina y luego a los camioneros. Karlo era culto y se comprometió a colaborar también en los trabajos de escritorio por la noche, después del reparto, entre viaje y viaje a Mendoza.











Después de muchos años nació Ana. Entonces hubo en el padre y en la madre, en don Damián y doña Beatriz, un desborde desesperado por darle todo, consentirla en todo, como jugando un duelo con la muerte, como queriéndola convencer de que se quedase para siempre entre ellos, con ellos, tan solos desde que había muerto la hermanita.













La realidad fue entrando por grados, suavemente, casi sin sentir, como penetra el arma aguzada y filosa en la carne estremecida. De pronto tocó fondo, llegó al alma sensible y se retorció de dolor, gritando, llorando enloquecida.



En la nocne llegaron las amigas. Sin saber por qué, le chocaron el rimel, el rouge, los cabellos sobre los ojos, o las trenzas desmesuradamente largas.
La abrumaron con caricias y consuelos de circunstancias. Ana hubiera querido huir, pero, ¿en dónde se escondería?

Al pasar frente a un espejo se vio tal como estaba. Con los ojos hinchados, la cara congestionada, desfigurada. No, no podía arreglarse. ¡Que viniera Claudio Ramón y la viera como era! ¡Qué importaba!



















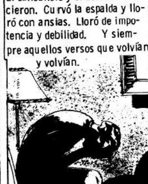
¿En qué mundo había vivido hasta entonces? ¿Qué mundo vacío, sin sentimientos? ¿Qué mundo era ese que hasta hace un momento había sido el suyo en donde sólo es posible la risa? Y otra vez la pregunta: ¿adónde ir?


Volvió a recordar el poema de Karlo:
"Una sombra le arrancó la llave
conque se abría tu querida puerta,
y así se quedó solo,
solo como ninguno en plena selva".


Era la mañana. Andaba por la casa como una sonámbula. ¿Dónde sentarse a descansar, lejos de todos? Entró en el cuarto de Karlo. El no estaba. Quién sabe por dónde andaría. Una inmensa gratitud le inundó el pecho. ¿Qué hubieran hecho sin Karlo? El se ocupó de todo. Fue el hombre de la casa.

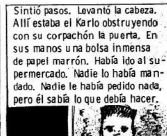

Se miró al espejito de dos cuartas, que le deformaba el rostro. Se vio demacrada, feísima. Irguió los hombros. Ella debía luchar por su madre, trabajar en lo que fuera, hacer frente a la dura vida que le esperaba.


¡Cómo envejecen las horas de dolor! ¡Cómo madura de repente el corazón despreocupado de la juventud! ¡Qué grande y qué cruel es a veces el mundo!


El cansancio y el dolor la vencieron. Curvó la espalda y lloró con ansias. Lloró de impotencia y debilidad. Y siempre aquellos versos que volvían y volvían.




"Sé que te hizo pasar más de un mal rato, como algunos decían, por su mala cabeza; más no fue culpa de él, pese a su vida de extraño personaje de novela."


Sintió pasos. Levantó la cabeza. Allí estaba el Karlo obstruyendo con su corpachón la puerta. En sus manos una bolsa inmensa de papel marrón. Había ido al supermercado. Nadie lo había mandado. Nadie le había pedido nada, pero él sabía lo que debía hacer.


Ana, no llore. Vamos... Y bueno, tengo que decirlo. No se preocupe. Yo trabajaré para ustedes. Todo caminará. No se asuste. No quiero pago, ¿me entiende bien...?


No quiero pago, yo le debo mucho a don Damián: él fue un padre para mí. No quiero más que un sitio en la casa, un plato en la mesa y todo va a andar bien. Mi mamá murió en Varsovia, en un bombardeo y sé que ella estaría contenta con esto que voy hacer.


Si ustedes quieren, viviré afuera, para que la gente no hable y usted... ¡usted se casará algún día... porque... porque es tan linda!


Karlo dejó la bolsa sobre la mesita. Ana sintió que se ahogaba de pena y gratitud. Todo para ellos, desinteresadamenté.


Usted es linda, había dicho Karlo. Y lo repitió como para convencerla, lo repitió con esa sinceridad suya que era como un escudo.
Usted es muy linda y será muy feliz.


Linda ella, con su cara gris y triste. ¡Qué lección le estaban dando! Ese era Karlo. Sin querer resonaron en sus oídos aquellas otras palabras: "Estas cosas no me gustan. Con ganas me las 'tomaría'. Vine porque no hubo más remedio. Tengo deseos de ir a la costanera a hacer un una 'picada'."


A la claridad de la mañana, que se colaba por la ventana, lo vio erguido, pálido, con su pelo revuelto, su cara honrada. Lo vio fuerte, grande, firme como una roca, y de pronto, como deslumbrada por una luz nueva, la luz que cada uno lleva dentro de sí, bajó sus ojos, desprendiéndolos de aquellos otros ojos turbados y tristes, cuya mirada le llegaba al alma.


Ana sintió la cara ardiendo y al volverlo a mirar, sin saber cómo, se arrojó a aquellos brazos, llorando de emoción; aquellos brazos que serían su sostén y su verdadero apoyo en el mundo, puesto que nada, nada más desearía en la vida. Ya era toda una mujer, y Karlo era todo un hombre.
FIN

LA MUJER QUE CASI DESAPARECIÓ

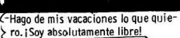
Por PIER MICHELE

Dibujos de L. VERGANI

Agde es la próxima parada, mademoiselle.




















9710


(Ferdinand piensa exactamente lo mismo. No quiso despedirme de la oficina, sino que apareció imprevistamente cuando yo estaba por subir al tren en París...)
EXPRESS EUROPEENE
¡Aguarda, Lisette!
¿Quién te dijo que vinieras?
Nadie. Sentí ganas de hacerlo, simplemente. Quería ser el último en desearte buen viaje y felices vacaciones... Pero, ¿lo lograrás?
¿Qué?
El cambio que buscas con tanto empeño. Te agobia la rutina que no crees merecer. Vas detrás de otra cosa mejor. Piénsalo bien, Lisette Laurenti.
Físicamente estás dotada para lo mejor, pero la felicidad no está en la parte de afuera, sino dentro de ti misma.
Tu filosofía no empañará mi viaje, Ferdinand. Te enviaré una postal para que quedes conforme.
-Sabes muy bien qué es lo que me conformaría.
Varía de objetivos. No te convengo. Algún día hallarás a la muchacha que necesitas. Debe ser igual que tú, recuérdalo.
(La guía turística lo decía: "Si usted busca confort y trato preferencial vaya al "Mirador". Es caro, pero también el mejor...)
HOTE
MIRAI
Un par de audaces " apolos " nadaban en la pileta. Mujeres elegantes y hombres pletóricos de " savoir faire" bebían en las mesas redondas. Respiré hondo y traté de parecerme a ellos...
Un " Martini" seco. Bien seco, por favor.
(Lo esencial es copiarse de los demás. Hacer lo que hacen los que saben hacer. Si debo hospedarme aquí estudiaré antes a la mujer que se me antoje el modelo apropiado y...)
Tenía el mismo color de mis ojos en los suyos, mi altura, mi talle, casi mis rasgos faciales y mi edad, pero...
(Sólo sus cabellos rubios la diferencian de mí. Y su distinción, claro está.)


Cuando los modernos encendedores fallan, hay que volver a los viejos métodos. Pruebe con mis fósforos.
Oh, gracias...


Casi se quemó los dedos porque el asombro la invadió como a mí...
Siempre supuse que mis ojos eran únicos.
Yo también. Si su apellido es Laurent creeré que mi madre tuvo mellizas y nunca me presentó a la otra. Me llamo Lisette.


Yo Marian Laroche. Siéntese a mi mesa, por favor. Es usted un calco perfecto de mí.
Con excepción de sus cabellos, Marian.

Sería perfecto ir con usted a recorrer los alrededores y...
Una comunicación para usted, madame Laroche. De larga distancia.

¿Matías? ¡Oh, Matías...! Seguro que esperaba tu llamado...


Sonrió. Iba a decirme algo pero se interrumpió cuando el mozo me sirvió en su mesa. Media hora después parecíamos dos viejas amigas. Era viuda, de París, y había llegado hacía dos días para instarlarse en una casa que iban a entregarle en cualquier momento...
Podríamos pasar la tarde juntas si no le molesta. ¿Sí?


Fue lo único que pude oír. Marian se dio vuelta y siguió su corta charla dándome la espalda. Cuando colgó volvió a mí. Parecía radiante, inundada por una alegría que quiso compartir conmigo...
¡Daremos ese paseo en mi auto! ¿No estuviste antes en Agde sur Mer?


No. Ni recuerdo una máquina tan fabulosa como ésta. Mi padre era un apasionado del automovilismo y me enseñó a guiar cuando aún no había cumplido los quince años...


Era verdad, pero omití decirle que papá era apenas un simple mecánico, y que, al morir, me habían dado una miseria por la venta de su taller...
¡Vamos, hazlo! Conduce tú, Lisette. Yo te diré qué camino debes tomar.
Me siento fascinada. Usted es muy generosa.


¡Tutéame o me harás sentir muy vieja! Y acelera un poco, me gusta el vértigo de la velocidad.


Ahora voy a probarte hasta dónde somos parecidas. ¿Decías que nuestra única desemejanza eran mis cabellos rubios?


¿Eres morocha?
La peluca fue idea de mi fallecido esposo. "Te queda más distinguido el rubio", decía. Y yo me habitué a llevarla. Pero creo que mientras viva aquí volveré a ser la de antes.
Dejó la peluca sobre el asiento y comenzó a contarme sobre su vida. Pasaba de la melancolía al entusiasmo. Había sido una modelo pobre en París...
Hasta que conocí a André Laroche. Se enamoró de mí y me hizo su esposa. Fuimos felices. Era un tipo buen mozo... y celoso.
Para aquí, Lisette. Me gusta este lugar. Se domina el mar y el aire es más puro.
Se quitó el abrigo que llevaba sobre los hombros y también lo dejó en el asiento. E hizo algo más: descalzarse...
¡Hoy me siento con ganas de gozar plenamente la vida! ¿No te crees en la cima del mundo aquí arriba?
Hablabas de tu esposo, Marian. ¿De qué y cuándo murió?
Fue hace un año, en un accidente automovilístico. Iba de París a Orleans. Siempre le gustó correr. Los frenos le fallaron y...
Quedé muy sola. Fue largo este año en París. Pero pienso rehacer mi vida en Agde-sur-Mer. He comprado una casa nueva. Totalmente amueblada. Sólo traje mis ropas. ¡Seré otra mujer!
Cuando los turistas se van este lugar debe ser muy solitario, Marian. ¿Te habituarás?
¡Seguro que sí! Estuve soñando todo un año con esto. Ya no tengo familiares y André me separó de mis amigos, pero...
Se interrumpió abruptamente. Yo pensé en Matías, ese que le había telefoneado al hotel. ¿Quién era? ¿Dónde estaba? ¿Tendría que ver con esos celos que le imputaba a su esposo muerto?
Se habla mucho de las extrañas piedras de este acantilado. Son inaccesibles y...
¡Cuidado, Marian! Te inclinas demasiado. Podrías perder pie.
Nunca me marearon las alturas. Creo que nací para vivir en ellas. Arriba, siempre arriba...
¡Marian!


¡Marian!
¡Marian!
Cuando recuperé la calma me asomé, echada de bruces sobre el duro suelo rocoso. Sólo vi piedras y vegetación agreste...
(Habrá quedado oculta por ahí. Seguramente muerta. Nadie podría sobrevivir a una caída semejante... ¿Qué debo hacer ahora?)
(Nadie nos vio llegar aquí. Pero debieron vernos salir juntas del hotel. Si cuento lo que pasó podrían suponerme una asesina. Y si no lo cuento...)
(...hallarían su auto, su bolso con sus documentos, su abrigo, sus zapatos... y pensarían en un crimen. Buscarían al culpable. Alguien podría recordarme... ¡Oh, Dios!)
Me senté a meditar. La idea fue ganando lentamente mi cabeza, como una luz cegadora y cálida, como una tentación que de pronto me sentí incapaz de resistir...
(Eramos casi idénticas. Yo huérfana, ella solitaria buscando exilio en este paraíso.)
(Sus zapatos me quedan perfectos. Sus ropas deben quedarme igual. ¿Por qué no hacerlo, Lisette Laurent? ¿Por qué no aceptar esta ocasión de ser lo que mereces...?)
Hice todo esto: busqué sus documentos. La fotografía mostraba a la rubia señora Laroche. Me puse la peluca. Practiqué la firma del pasaporte. Me salió perfecta a la cuarta vez. Me puse su abrigo. Eche el mío, junto con mis zapatos y mi propio bolso hacia el abismo...
(Fue Lisette Laurent quien murió aquí.)
(Es la otra Marian Laroche quien vuelve a Agde-sur-Mer. ¿Quién advertirá el cambio? ¿Quién notará la desaparición de la empleaducha que llegó hace unas horas a la fea estación?)
Su llave, madame Laroche. ¿Cenará en su cuarto o bajará al comedor?
En mi cuarto, monsieur conserje.

El número estaba en la llave. Primera prueba: satisfactoria. El asombro maravilló mis ojos cuando abrí las puertas del guardarropas...

(Vestidos dignos de una princesa: pieles y sedas. El difunto monsieur Laroche debía ser riquísimo.)

Su cena, madame.

Mercí. Retírese luego de servirla.

(¿Matías?)

Pensé que los remordimientos no me dejarían dormir. Pero me equivoqué. Sólo era culpable de satisfacer mis ambiciones más caras. En la mañana...

Alguien desea verla en la recepción, madame Laroche. Un hombre.

¡Todo listo, madame! Ya puede habitar su nueva casa. Tal como lo ha pedido, no hemos descuidado un solo detalle. Tendrá que dejar el hotel e instalarse.

Le agradeceré si me acompaña.

El problema era mi voz. La de Marian tenía un tono más agudo. Debía hablar poco con los que ella había tratado. Pedí la cuenta al conserje. Me la dio junto con el dinero que sacó de la caja fuerte...

Firme el recibo y todo estará en orden.

¡Perfecto, madame! Ha sido un placer tenerla de pasajera. Si algo necesita avíseme.

Lo haré, gracias.

Mandé que cargaran su abultado equipaje en mi camioneta. Yo iré adelante. Usted sígame hasta la casa. Pero, ¿qué pasó con su voz? ¿Acaso el clima del mar se la afectó?

Sí, eso debe ser... He pescado un resfriado. Pero pasará.

Todo actuaba a mi favor. La casa quedaba en lo alto de una colina. A lejada de las otras. Era moderna y confortable. Una mujer apareció en la puerta...

Madame Dupont será su ama de llaves, cocinera y excelente compañía. Yo mismo la elegí en el pueblo. Se la presentaré.

Será un placer servirla, madame Laroche. También yo soy viuda y comprendo sus deseos de buscar soledad.


El hombre bajó las maletas y se fue. Pasamos el resto del día ordenándolo todo. Y en la noche...
(Si Ferdinand me viera se asombraría. Logré el cambio que buscaba. Pero nunca lo sabrá ni él ni nadie. Si hallan el cadáver y mi bolso creerán que soy yo la muerta y no Marian.)


(Me será fácil habituarme a esta vida que siempre deseé.)
Se habituará, madame.

Debió amar mucho a su esposo para abandonar París y todo el barullo de la gran ciudad y recluírse aquí. Ningún gran amor se olvida fácilmente.
Es verdad, madame Dupont. Vaya ahora a descansar.


Subí a mi cuarto cuando quedé sola. En vano busqué entre las cosas de Marian una fotografía de su esposo, o alguna carta, o simplemente algo que lo mencionara...
(Parece como si ella hubiese querido desligarse del pasado. ¿Por qué?)


(¿A qué vino a este lejano lugar? Es extraño que teniéndolo todo, pudiendo darse una vida rumbosa en París, resolviera este ostracismo voluntario.)


El auto se detuvo tres días después frente a la casa. Yo desayunaba y escuché la voz de la casera recibiendo al visitante...
Bien, monsieur. Le avisaré a madame que desean verla. Pero, ¿no me dice usted su nombre?
Ella me conoce.

(¿Matías?)


Lo vi cuando la puerta fue abierta por la señora Dupont. Su auto era de modelo anticuado y su aspecto el de alguien que viene de muy lejos...
¡Hola, Marian! ¿Te acuerdas de mí?
Yo...


¿He cambiado tanto en cinco años? Tú no. Eres la misma hermosa muchacha que un día me presentó mi hermano André. "-Esta es Marian, Hernán- dijo entonces-, la mujer que amo y haré mi esposa. ¿Te gusta?"


Pasa, Hernán. La señora Dupont nos servirá un trago. (Ha sido una suerte que me dijera su nombre y parentesco. Debo hablar poco. Limitarme a oírlo y recoger otros datos.)



Simplemente esto: ¿cómo puedes conocerme si has estado viajando de uno a otro lado del continente en todos estos cinco años?

(Bien, ya conozco otro detalle: Hernán Laroche viaja continuamente.)



¡A saber la verdad! ¡De tus propios y tramposos labios!





Ven inmediatamente a París, Hernán. Tengo miedo. ¡Sí, miedo! Creo que Marian planea deshacerse de mí. Solo quería lo que mi dinero podía darle. Ahora quizá, quiera mi dinero sin mí.

André



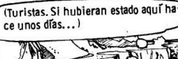














No dejes de sostenerme, Luis. Tomaré una fotografía de esas piedras milenarias. Luego las estudiaremos. ¡Son magníficas!

No dejas de ser un geólogo ni siquiera en las vacaciones, Henri. ¡Apúrate!

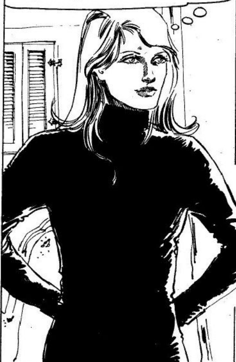








En la tarde siguiente aún no sabía qué camino seguir. Dejaban de importarme las ropas caras de Marian. ¿Era esa angustia el pago de la felicidad que pensaba encontrar en mi nueva vida...?





¿A quién debo anunciar a madame? Ella no quiere ver a nadie.



-¡Oh, aquí está ella! Bon jour, madame Laroche. ¿Me recuerda? Quería un buen jardinero para su nueva casa. Contrató mis servicios y aquí estoy...





Casi me obligó a que lo hiciera entrar. Esperó que mi ama de llaves se alejara y sonrió. Una simpática sonrisa la suya...



"Hay que guardar las apariencias hasta el final", dijiste. "Deben pensar que nos conocimos en Agde-sur Mer, Matías..."





Sentí asco. Era fácil imaginarse todo. Impulsivamente rechacé el abrazo de ese hombre que ya no me parecía ni simpático ni atractivo...



¡Eso no, Marian! Juegos sucios con Matías no. ¿Serví sólo para deshacerte de tu esposo? ¿Usaste al mísero mecánico de la vuelta de la esquina para que "arreglara" los frenos del auto que provocaron el accidente y nada más?




Discúlpame. Estaba jugándote una broma, Matías. Nada cambió entre los dos.
Esto está mejor. Mucho mejor...
Te extrañé, ¿sabes? No creo que necesitemos mucho tiempo para engañar a esa casera que tienes. Nadie sospechó ni sospechará nada.
¿Qué importaba agregar un acto a mi comedia? Dejé que me creyera la Marian que no era. Acepté su beso mordiéndome el asco. Ya sabía qué era lo que debía hacer...
Ve a instalarte ahora en la casa de los fondos, Matías. Se un discreto jardinero. Debo ir de compras con la señora Dupont.
¡Pero, madame Laroche...! Yo no quiero ir al pueblo. Oí todo, sí, pero no iba a revelar su secreto... Sólo iba a irme de su casa, llena de miedo.
Tendrá que ayudarme en lo que debo hacer.
Detuve el auto frente a la comisaría local. El empleado me dijo que el comisario estaba ocupado y si podía atenderme él.
Sólo hablaré con el comisario. Es muy importante y...
¡Lo extraño es ese anillo que tenía el cadáver!
Los documentos hallados en el bolso estaban a nombre de Lisette Laurent, pero esta alianza matrimonial dice: "A. a M.". ¡No lo entiendo! Gracias a esa foto que ustedes tomaron y ampliaron dimos con el cuerpo de la mujer, pero...
Puedo explicárselo yo, comisario: "A. a M." quiere decir: "André a Marian". Soy Lisette Laurent y vengo a denunciar un asesinato...
Primero no querían creerme. Después se convencieron, cuando fueron en busca de Herán Laroche al hotel Saint Jean y lo llevaron a reconocer el cadáver de Marian. El advirtió ciertas diferencias e hizo valer el detalle de mi voz.
La señora Dupont testimonió que había oído decir a Matías lo mismo que yo. Lo detuvieron de inmediato y confesó su crimen.
Finalmente...
No sé qué hacer con usted, mademoiselle Laurent. Gracias a su idea de cambiarse por la muerta pudimos dar con el hombre que le había servido de cómplice.
Entonces déjela libre, comisario.


Con una promesa: júreme no volver a hacer nada semejante.
Se lo prometo. He comprendido muchas cosas que no podré olvidar fácilmente. Adiós.
Me sentía triste, abatida. Había recuperado mi personalidad y mis documentos. Hernán quiso acompañarme a retirar mi maleta de la estación...
¿Qué la impulsó a querer ser otra, Lisette?
Deseaba muchas cosas. Salir de la rutina, conocer a gente importante, ser feliz.
Marian debió pensar lo mismo cuando se acercó a mi hermano, hace cinco años.
Por favor, no me compare con ella.
Debo hacerlo, sin embargo. Físicamente son iguales. Yo había comenzado a enamorarme de ella. Y usted me ofrece la posibilidad de continuar aquello, pero sin remordimientos. Su alma es más limpia.
¿Debo tomarlo como una declaración?
Sonrió. Era realmente un tipo simpático. Y, ahora que no estaban tristes, sus ojos empezaron a inquietarme. Cuando tuve mi maleta quise sacar pasaje de regreso a París. No me dejó.
Yo también vuelvo allá. Viajaremos juntos. Tengo que decirle un montón de cosas.
¿Por ejemplo, cuáles?
Que yo, como usted, también estoy harto de la rutina. Ya no andaré de uno a otro lado del continente. Me instalaré en París, para poder invitarla a salir. ¿Aceptará?
"Sí", contesté. Y no crean que pensaba en todo lo que podría conseguir del único heredero de la fortuna de su hermano. Porque con la carta donde André le informaba sus temores respecto a Marian, él había recibido su testamento, y lo haría cumplir. Todo para obras de caridad.
¿En qué piensa ahora?
En una verdad que me dijo un buen amigo el día de mi partida: "La felicidad no está en la parte de afuera, sino dentro de ti misma."
Pobre Ferdinand, la cara que pondría cuando se enterara de que volvía enamorándome de otro. Acaso lo consolara saber que no era esa "otra cosa mejor" que había ido a buscar, sino alguien parecido a él, y a mí.
Es hermoso, Hernán.
¿Qué?
No haber desaparecido. Seguir siendo yo, y saberme a punto de ser feliz.
FIN

ANGUSTIOSO REGRESO AL PASADO,
por Carl Borner Lenzi
Nunca se sabe cómo terminan cosas como ésta...

HISTORIAS DE HOMBRES Y MUJERES,
por Cristóbal María Paz
Otra investigación sobre problemas del corazón.

MI NOVIA Y YO,
por Robin Wood
¿Qué significa vivir? ¡Ah, vivir! Es un arte...

¡AY, LOLA, LOLITA, LOLA...!,
por Paula Marín
Hay un brillo en tus ojos, Lola, un brillo...

KATE Y SEAN,
por Robert O'Neill
Soy irlandés. A mi alrededor, ingleses con fusil.

MAGDA EN BERLIN,
por Noel McLeod
El tiempo en Berlín era triste, frío, lluvioso.

¿EL TIEMPO ES RECUPERABLE?,
por Malena Saudade
Falta un observador cuidadoso en esta historia...

BUZ SAWYER,
por Roy Crane
-Por ahora tendrá que hacer tareas livianas, Buz.

SONRIE, SELENA, SONRIE,
por Paul Monier
Vives en la Luna, Selena, tal vez por el nombre.

TORNASOLADA PLUMA DE BUITRE,
por Pitt Marber
Raquel es un mosquito que me ronda desde siempre.



intervalo ALBUM

EXTRAORDINARIO



A TODO COLOR

EL HOMBRE DE LA MANCHA,
adaptación de Percival W. Lytton
UNA TAL GIULIANA,
adaptación de Paola Mur



ALBUM DE OBRAS GRAFICAS COMPLETAS

DIRECTORES
RAMON COLUMBA (h), CLAUDIO COLUMBA (h)



EDITOR RESPONSABLE
COLUMBA
S. A. C. E. I. I. F. A.
SARMIENTO 1889 - BUENOS AIRES - T. E. 45-1145

Publicación inscripta en la Dirección Nacional del Derecho de Autor bajo el N° 1.189.188. Miembro de la A.A.E.R., Asociación Argentina de Editores de Revistas, de la S.I.P., Sociedad Interamericana de Prensa; de ADEPA, Asociación de Entidades Periodísticas Argentinas; del I.V.C., Instituto Verificador de Circulaciones y del C.I.P., Centro de Informaciones de Publicidad. Editor responsable: COLUMBA S.A.C.E.I.I.F.A., Sarmiento 1889, teléfonos: 45-1145 y 45-4297, Buenos Aires, Argentina. Venta interior y exterior: Distribuidora Bertrán S.A.C., Santa Magdalena 541, Buenos Aires. Venta capital: Distribuidora Impulso S.C., Avenida Cruz 817, Buenos Aires. IMPRESO EN LA ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA.

CORREO ARGENTINO CENTRAL B.
FRANQUEO A PAGAR CONCESION N° 372
TARIFA REDUCIDA CONCESION N° 2761

Impreso en BLONDATEX - Mayo I, 1973